

Vega Manhattan

Emmanuel



D.J.57

EMMANUEL

Vega Manhattan

Emmanuel.

Vega Manhattan.

1º Edición: Septiembre, 2019

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personaje y, sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Capítulo 1



La paciencia se me estaba agotando.

Y no era para menos, llevaba ya cuatro meses en el paro y aunque tenía ahorros con los que aún poder subsistir durante algunos meses más, además de la ayuda económica de la prestación por desempleo, yo no era mujer de quedarme en casa por más de dos días.

Y ya iba por 121 días, 13 horas, 47 minutos y 15 segundos. 16 segundos, 17 segundos...

Resoplé y puse los ojos en blanco, no podía seguir así, porque además de quedarme sin uñas, cualquier día iba a aparecer en la sección de noticias del periódico con el titular de "Mujer joven y sexy (porque lo de sexy lo tenían que decir) pierde los nervios y después de volverse loca gritando por la calle a pleno pulmón, se tira a las vías del tren".

Tal cual, no os creáis que estoy exagerando.

Pasé los últimos cinco años trabajando como asistente personal de una conocida diseñadora de moda del país, pero había fallecido y yo me había quedado en el paro. Después de la pena y del duelo, porque para mí era como una amiga además de mi jefa, pensé que no me iba a costar trabajo encontrar otro empleo, pero las cosas estaban siendo más complicadas de lo que yo pensaba.

Tenía un buen currículum, pero todos sabemos en la situación en la que se encontraba, y se encuentra hoy en día, el país y cómo de difícil es todo.

Y la verdad es que después de echar currículums en todas las empresas habidas y por haber, tuviera experiencia en el sector o no, estaba pensando en que, quizás, tendría que bajar un poco las expectativas y buscar algo menor. Ya fuera trabajando en una pizzería y ganando una miseria, lo que fuera por salir de esas cuatro paredes en las que parecía asfixiarme.

Me senté en el sofá, abracé mis rodillas y suspiré, dejando caer la cabeza en ellas. Tal vez eran los recuerdos los que me hacían más difícil estar encerrada en ese lugar.

Hacía cuatro años que mis padres habían fallecido en un fatídico accidente de tráfico. Me había costado mucho superarlo. La verdad es que no lo había logrado del todo. Verme sola en el mundo fue un gran golpe para mí, había perdido a las dos personas que más amaba.

Mi relación con ellos era muy buena, tenía veintisiete años cuando un conductor borracho se salió de la carretera, llevándoselos por delante y dejándome destrozada de por vida. Yo aún vivía con ellos, así que cuando tuve que entrar de nuevo a esa casa en la que había vivido desde pequeña, los recuerdos caían sobre mí y dolía, dolía mucho. Aún seguía doliendo después de tantos años.

En ese entonces ya trabajaba con Karen, la diseñadora de moda, y fue con esa desgracia con la que nuestra relación se convirtió más en una amistad que en algo profesional. Haberla perdido también a ella era algo que me dolía en el alma.

Pero con el tiempo y con los años, una acepta, aunque no entienda, que la gente va y viene y que un día los tienes cerca y un segundo después desaparecen para siempre.

Me levanté del sofá, sentía que iba a darme ansiedad y necesitaba moverme. Fui hacia la cocina y me preparé algo de desayunar. Eran más de las doce de la mañana, pero se me había olvidado comer algo.

Me senté a la mesa de la cocina ya con mi café y mi tostada y miré el móvil, a ver si había alguna nueva oferta. Pero nada...

Resoplé, a este paso también iba a contemplar la posibilidad de irme del país, ¿por qué no? No sería la primera ni la última que lo hiciera para buscar algo mejor.

La "suerte" que tenía, y lo pongo entre comillas porque para mí de suerte era poco, es que la casa de mis padres la había heredado y no tenía que pagar absolutamente nada, ellos habían trabajado muy duro para que yo tuviera un poco de seguridad si algo les faltaba. La casa, el coche y algunos ahorros con los que unidos a los míos, podía permitirme estar en el paro un buen tiempo. Pero mi cabeza no iba a aguantar mucho más.

De todas formas, no iba a perder la esperanza. En la vida, por muy mal que vengan las cosas, siempre hay un rayo de esperanza, una puerta que se abre y nos deja ver la luz. Y, como me gustaba pensar, las cosas pasaban por algo. Injustas o no, tenían una razón de ser. Y si yo estaba en el paro en ese momento es porque, seguramente, vendría a mí algo mejor.

Era así de crédula.

Perdí la noción del tiempo mirando las páginas con ofertas de empleo, el timbre me devolvió a la realidad.

—No me puedo creer que sigas en pijama —mi mejor amiga, Ana, entró en casa, mirándome con cara de querer matarme.

—¿Y para qué me voy a vestir? Si no tengo nada que hacer...

—Tienes que levantar ese ánimo, Alicia.

Fue hacia la cocina con un par de bolsas en la mano y la seguí tras cerrar la puerta.

—¿Qué traes ahí? —pregunté por preguntar, porque por el olor sabía de más lo que era.

—Comida china, es viernes, así que como salgo antes del trabajo, pensé en venir a comer contigo —dejó las bolsas en la mesa y comenzó a vaciarlas.

—¿Y si no llego a estar, qué?

—Últimamente siempre estás, no sé si recuerdas que no tienes trabajo y que no sales de casa.

—Salgo para echar currículums.

—La mayoría los mandas por internet —rio—. Venga, deja ya la depresión que llevas unos días negros y vamos a comer y a levantar ese ánimo.

—Me acabo de comer una tostada, no creo que me entre mucho —torcí el gesto y abrí el mueble para coger los platos y los vasos y dejarlos en la mesa.

—Algo te entrará, es comida china, te entra ya explotes —rio, recordándome que era mi debilidad. Con la comida china era gula, tuviera hambre o no, me entrara en el estómago o no, yo ya haría que eso estuviera dentro de mi cuerpo... Qué asco me daba a veces, pero es que estaba tan buena...— Cuéntame —comenzó a apartarse en su plato—. ¿Nada nuevo?

—Desde anoche no —hablábamos a diario, así que la mantenía al corriente de todo—. Voy a ponerme a mirar ya en trabajos como pizzerías o limpieza, porque algo tengo que hacer.

—Tienes dinero en el banco para estar desahogada un buen tiempo, Alicia, espera un poco que te llegará algo.

—Pero sabes que me aburro aquí.

—Pues un poco de paciencia. Tienes una buena trayectoria, así que espera a que te llegue una buena oportunidad mientras puedas pagar y comer. Tal vez, lo único que tienes que hacer es salir un poco más, no ganas nada metida todo el día aquí.

—Ya lo sé... —suspiré.

—¿Te apetece si salimos esta noche? —sonrió de esa forma que yo sabía que no era una pregunta, me estaba dando una orden.

—No —dije rápidamente, pero no serviría de nada, íbamos a salir sí o sí.

—Bien, nos vamos de cena, de copas y a mover estos cuerpos que falta les hace —sonrió ampliamente y yo puse los ojos en blanco—. Vamos, Alicia, esta no

es la chica que yo conozco. Solo quiero que vuelva ella.

—Soy la misma...

—No, mi amiga es una loca divertida, con ironía y desparpajo. No este zombie viviente. Mírame —me pidió cuando bajé la cabeza, sabía que tenía razón—. Yo sé cómo te sientes y que estás pasando un bajoncillo, pero solo es eso. Vas a salir de esta, siempre sales. Te va a llegar el trabajo de tu vida, solo necesitas un poco de paciencia. Así que tómate las cosas con calma. Y en vez de meterte aquí a comerte esa linda cabecita, nos vamos a mostrar estos cuerpos serranos por ahí —me guiñó un ojo.

Tenía razón, podía vivir bien durante un año si era necesario, incluso más. Pero esa vez las cosas me habían afectado demasiado y yo no era así. Tenía que ser como siempre, esa mujer positiva que era. Porque con la actitud que llevaba hasta el momento, no iba a conseguir nada.

—Hmmm... ¿De cena adónde? —sonreí.

Mi amiga rio y tocó las palmas.

—¡Vamos a quemar Barcelona! —gritó.

Reí con ella mientras negaba con la cabeza. Seguramente era así, porque cada vez que salíamos de marcha, perdíamos la cabeza. Y lo que solo era una salida de un viernes por la noche para una cena tranquila se convertía en un fin de semana de juerga, bailes y copas que nos hacían olvidar que ya habíamos pasado de los treinta.

Ni una niña de dieciocho era capaz de seguirnos el ritmo.

Nos vimos unas horas más tarde, las dos vestidas para matar. Aunque después no terminábamos con ningún tío y no porque ellos no lo intentaran, sino porque es que... Ninguno valía un duro. Y mi amiga y yo teníamos un lema "Tío de bares, tío que no sirve de marido". Y nuestras razones teníamos para pensar así. Porque imaginad, ¿quién se fía de un tío que entra en una discoteca, se apoya en la barra con una copa en la mano y mira a ver a qué presa se acerca? Pues esos tíos, fuera. No íbamos a encontrar el amor ahí, nosotras salíamos por pura diversión.

Metidas en nuestros ajustados vestidos y con unos taconazos de infarto, empezaba la noche de locura.

Noche que, como ya imaginé, terminó alargándose hasta el domingo por la tarde, con las dos con los pies reventados, unas ojeras de caballo y un dolor de cabeza que daban ganas de querer arrancárnosla.

Y era la primera vez en todos esos meses que me alegraba por estar en el paro, porque si tuviera que ir al día siguiente a trabajar...

Con ese pensamiento y con una sonrisa en mucho tiempo, me tumbé en la cama. En realidad casi que me caí. Y apenas cerré los ojos cuando mi móvil

sonó. Y sonó. Y no dejaba de sonar...

Iba a matar a Ana, ¿es que ni dormir me iba a dejar?

—¿Qué?! —pregunté, casi gritando y con una ronquera que parecía Manolo el camionero.

—¿Señorita Figueroa? —preguntó, en tono muy serio, una voz de hombre.

—¿Sí? Soy yo... —me acomodé en la cama y cerré los ojos al ver que era de día. ¿Había dormido toda la noche? Pero si acababa de cerrar los ojos.

—Buenos días, señorita Figueroa. Mi nombre es Carlos y la llamaba para una entrevista de trabajo.

—Oh... Lo siento, perdone mi tono, es solo que...

—Trabajo para el señor Emmanuel Benson —me cortó, pues sí que era borde—. Estamos interesados en alguien con un currículum como el suyo. Si aún no está trabajando...

—Eh... ¡No! Quiero decir, que por supuesto que estoy interesada en el trabajo.

—Me alegro. Recibimos su currículum y se adapta perfectamente a lo que necesitamos. Si tiene usted dónde anotar...

No tenía a mano, pero lo encontraría ya me destrozara los dedos pequeños de los pies por el camino mientras me tropezaba con todas las esquinas de los muebles habidas y por haber. Que una sin gafas no veía nada, más aún con el dolor de cabeza de la resaca.

—Sí, cuando quiera —dije intentando no gemir por el dolor.

—Muy bien, apunte la dirección... —lo hice, haciendo que me la confirmara como tres veces— Entonces nos vemos en un par de horas, ¿le parece bien?

—Allí estaré —dije con una sonrisa en la voz—. Gracias.

Colgué el teléfono y me dejé caer en el sofá. ¡Tenía una entrevista de trabajo! No era un trabajo, pero era un comienzo. Y con lo desesperada que estaba por permanecer metida en esa casa, me parecía que iba a aceptar lo que fuera.

Con los nervios, me preparé un café y me tomé una pastilla para que se me pasara el dolor de cabeza, parecía que me la estaban martilleando... Leí lo que había escrito en el papel, intentando entender mi letra de resaca y fue entonces cuando me di cuenta.

Emmanuel Benson.

¡Ay, Dios!

El señor Emmanuel Benson. Uno de los personajes más famosos de la prensa rosa y no porque él no se lo buscara, es que él se había convertido en el mayor cotilleo de todo el mundo del corazón con sus innumerables conquistas.

El señor Benson era el propietario de una cadena de ropa multinacional,

llegando a convertir la marca Benstyle en todo un fenómeno. No había quien no comprara en alguna de sus tiendas, estaban por todos lados.

También era dueño de Byrne & Benson (B&B), una franquicia en auge que creó con un socio, con el padre de su prometida.

No es que yo estuviera al día de los cotilleos, para nada, pero una, de vez en cuando, tirada en el sofá, por poner algo en la tele... Pues me enteraba de cosas sin querer, claro.

Las incesantes polémicas sobre sus relaciones sentimentales, era un mujeriego de primera, unida a los últimos problemas con su socio estaban a la orden del día.

Trabajar para él sería todo un desafío, de eso no tenía ninguna duda.

Me tomé el café rápidamente y salí corriendo hacia la habitación.

Joder, ¡no tenía nada que ponerme!

Empecé a sacar ropa. Esto no, esto tampoco... A la mierda, todo al suelo, ya me preocuparía en recogerlo. La cuestión era que tenía que ir a esa entrevista de punta en blanco.

Vale, Alicia, esto combina bien, pensé mirando la falda de tubo negra por debajo de las rodillas y la camisa blanca algo recatada. Uno de los atuendos favoritos para cuando trabajaba con mi antigua jefa.

Ropa, lista, ¡a la ducha! De tanto que me di con la esponja, me había quitado capas de piel seguro, pero estaba atacada de los nervios, ¡podía tener trabajo de nuevo!

Lista, a vestirse, a maquillarse y... ¡Joder! No podía ir con esas ojeras de oso panda. Intenté disimular con maquillaje todo lo que pude y... Bueno, con mis gafas no se notaría tanto, no tenía yo los ojos ese día para llevar lentillas.

Ya lista, mirándome en el espejo... Sí, estaba aceptable, ya solo me quedaba tranquilizarme porque aún faltaban algunas horas para mi entrevista de trabajo.

Tenía que respirar, meditar, hacer lo que fuera, pero allí no podía ir nerviosa. Además, yo no era así. Era una mujer segura de sí misma cuando a trabajo se refería. Conocía bien mis capacidades y tenía experiencia. Así que cuando me explicaran las condiciones, que según recordaba en el anuncio de la oferta de trabajo no explicaba demasiado, decidiría si me interesaba o no.

Encendí la televisión un rato, me senté en el sofá e intenté evadirme.

Y, casualidades de la vida, ahí estaba él.

El señor Emmanuel Benson.

Dios... Era entendible que fuera un mujeriego, si es que estaba como quería. No es solo que fuera guapo, que lo era. Con su pelo moreno, no demasiado corto, alborotado por tenerlo ondulado. Con unos ojos oscuros que no sabía de qué color eran. Una barba siempre incipiente y un cuerpo que se veía cuidado...

Cogí mi móvil, busqué su nombre en Google y comencé a leer.

Emmanuel Benson, hijo de Patrick y Helena Benson... Cuarenta años... Dueño de Benstyle... Ujum... Tampoco había muchos datos relevantes, su trabajo y, sobre todo, sus múltiples escándalos sentimentales.

A saber lo que podía ser cierto o no.

Si trabajaba con él, ya me enteraría de muchas cosas. Aunque ni él ni su vida privada eran mi prioridad. Lo que yo quería era trabajar, nada más.

Aunque se me hizo largo, llegó el momento de coger el coche desde mi humilde barrio de trabajadores hasta la exclusiva zona barcelonesa de Pedralbes.

Tardaría un rato en llegar, a ver si así era capaz de calmarme.

Y allí estaba, en una zona de ricos, con mi coche que no pegaba nada, siguiendo los pasos que me marcaba el GPS para llegar hasta la mansión más impresionante que había visto en toda mi vida.

Y yo que pensaba que eso solo se veía en las películas...

Pues no, delante de mí estaba una de verdad. Me acerqué con el coche para poderle dar al telefonillo, las cámaras de seguridad moviéndose, grabando cada movimiento de los vehículos que se acercaban.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó una voz a través del interfono.

—Buenos días, soy Alicia Figueroa, tengo una cita con el señor Benson.

—Un momento, por favor...

Después de unos segundos, las puertas de la mansión se abrieron y entré con mi coche.

Madre del amor hermoso, todo ese lugar era una preciosidad. Para que lo imaginéis, una fuente enorme presidía el jardín de entrada a la casa, todo alrededor con césped, flores, unos árboles impresionantes. Y aparqué justo delante de la puerta principal de la casa, donde me esperaba un señor vestido con traje de chaqueta.

Salí del coche y me acerqué a él, solo esperaba que no me temblaran las rodillas y que mis piernas me sostuvieran.

—¿Señorita Figueroa? —saludó muy serio.

—Sí, soy yo, encantada —le estreché la mano para saludarlo.

—Soy Carlos Román, asesor y abogado del señor Benson. Hablé con usted esta mañana. Si me acompaña, el señor Benson la espera en su despacho.

Sonreí, afirmando con la cabeza, siendo todo lo profesional que sabía y, aunque no había trabajado nunca con gente de tanto dinero, de esas que comúnmente llamamos estiradas, sabía cómo debía de comportarme.

Seguí al señor Román por la casa y si la zona de afuera era impresionante, ya sí que no sabría describir lo de dentro... Era todo lujo. Era un verdadero

palacio. ¿Pero cómo podía tener alguien tanto dinero para algo así?

Llegamos y paramos ante una puerta doble de madera. El señor que me acompañaba abrió una de ellas y me invitó a pasar.

—Gracias —le dije con una sonrisa. Entré y...

Ahí estaba él.

El señor Emmanuel Benson.

Capítulo 2



—Señorita Figueroa...

Escuché la voz como lejana y es que me había quedado de piedra. Dios mío... ¿Ese hombre era de verdad? Yo no había visto cosa semejante en mi vida. Y ya no era por su cara o su cuerpo, que ni qué decir que eran perfectos, normal que a las mujeres se les "cayeran las bragas", como se suele decir. Sino porque irradiaba... ¿Carisma? ¿Sensualidad? ¿Autoritarismo? ¿Imponía? ¿Un poco de todo a la vez?

—¿Tan sorprendida está de verme que se ha quedado muda? —preguntó en tono de burla.

Salí de mi ensoñación y lo miré directamente a los ojos. Negros, eran negros... Me enderecé lo más que pude y me acerqué a él. Lentamente, eso sí, con pasos seguros.

—Señor Benson... —menos mal que soné segura, ya frente a él, que se había levantado de su silla y me encontró a medio camino, estreché su mano y os puedo jurar que algo pasó en mi cuerpo, una energía extraña.

Vi cómo levantaba las cejas, como si supiera muy bien qué es lo que había sentido al tenerlo cerca.

—Vaya, sabe hablar y todo —se burló.

—Disculpe, es solo que... —carraspeé— Pensé que me entrevistaría otra persona, no directamente usted.

—¿Y eso por qué? —me señaló la silla para que me sentara y volvió a la suya, detrás del escritorio, frente a mí.

—Es un hombre ocupado, pensé que delegaba estas cosas en alguien más. Disculpe...

—Y suelo hacerlo. Pero no cuando a quien necesito es a mi asistente personal. Prefiero ser yo quien elija.

—Entiendo...

Se echó para atrás, acomodándose en su silla y mirándome intensamente. Nerviosa, crucé las piernas y me coloqué mejor las gafas.

—Le sientan bien.

—¿El qué? —pregunté, sin entender.

—Las gafas. Las lleva por la resaca, supongo... —sonrió.

Mejor serio porque cada vez que sonreía, a mí se me caía la baba. Céntrate, Alicia, por Dios...

—¿Cómo sabe que...?

—Sé cuál es el aspecto de alguien que ha pasado una buena noche —me guiñó un ojo—. No se preocupe, la gente no suele notarlo.

—No sé si me tranquiliza que lo note usted —solté con ironía, me salió del alma.

—Debería tranquilizarte. Porque puedo tutearte, ¿verdad?

—Como quiera...

—Si decides trabajar para mí, pasarás mucho tiempo conmigo. Y necesito alguien en quien poder confiar y que sepa que no me tiene que ocultar ni una simple resaca.

—Entiendo eso —pues no lo entendía, para qué mentir. Mi vida, fuera del trabajo, era cosa mía. Mientras no afectara a mi rendimiento profesional, no tenía que ser de su incumbencia, pero para qué llevarle la contraria.

—Bien... El puesto que ofrezco es el siguiente —sacó un papel y me lo puso delante, bajé la mirada y yo lo único que vi fueron las cifras de la nómina. Estaba demasiado bien pagado— Quiero una asistente personal y por lo que vi en tu currículum, tienes mucha experiencia en ello. Buenas referencias y además, si Karen te tenía contratada, es porque eres buena —con eso era evidente que mi antigua jefa y él se conocían. ¿Habría habido algo entre ellos? Joder, Alicia, que tu jefa tenía la edad de tu abuela hoy en día, deja de pensar en esas cosas, me recriminé—. Tendrás una habitación aquí para quedarte. Porque... —fue a cortarme cuando iba a decirle que no era necesario, porque yo tenía mi casa— Habrá días que el trabajo sea intenso, que se termine tarde, que necesitemos viajar a algún lado temprano y es más fácil si estás aquí. Tu casa para los días libres, en eso insisto, los días que trabajes debes de estar aquí.

—Está bien...

—Tendrás tus vacaciones, tu día libre, uno a la semana, como puedes ver en el contrato...

—Pinta demasiado bien... —pensé con escepticismo, sin darme cuenta de que lo había dicho en voz alta, pero al carcajada de él me demostró que me había escuchado.

—No hay trampa en lo que lees, solo que me gusta pagar bien a mis empleados —dijo cuando terminó de reír.

—Lo siento, no quise...

—No pasa nada, pero intenta controlar esa lengua que te juega malas pasadas delante de los clientes. Conmigo no tienes por qué hacerlo —¿había dicho lo último sensualmente o era mi mente calenturienta la que me hacía pensar que era así? O mis deseos...

Una no se lía con su jefe, es la regla principal de cualquier asistente. O de cualquier trabajador, para ser más exactos. Que después pasa lo que pasa...

Me centré en leer el contrato en vez de seguir pensando o de mirarlo y ponerme nerviosa.

El sueldo era muy alto, las condiciones buenísimas. Y no es que me lo parecieran a mí porque estaba desesperada ya por trabajar, es que era así. Demasiado bueno para ser cierto.

—Solo hay una pega a todo esto, Alicia...

Uy, sabía yo que hay gato encerrado. Levanté la mirada y sostuve la suya. Serio. Mirándome fijamente. Intimidante.

—Dígame...

—Exijo lealtad. Como te dije, necesito confiar en mis empleados, en su discreción, por ello tendrás que firmar un contrato muy estricto de confidencialidad.

—Lo entiendo —y lo hacía, con lo famoso que era, no podía arriesgarse a que cualquiera saliera en los medios de comunicación echando mierda por la boca sobre él. Si es que tenía mierda que echar, que no tenía por qué ser así. No conocía cómo era.

—Y además, como puedes ver —me señaló el contrato—, no hay horario fijo de trabajo. Mi asistente personal no puede tenerlo, tendrá el que tenga yo, como si tiene que trabajar doce horas un día. Me acompañarás a cualquier viaje de negocios, tendrás que estar disponible para mí. ¿Lo entiendes?

—Sí, por supuesto —y no esperaba menos, después de lo que pagaba...

—Muy bien. Entonces por mí no hay nada más que hablar, tú decides —una media sonrisa en sus labios—. Te vas a casa, lo lees bien, hasta la letra pequeña y lo piensas. Espero que no te demores mucho, no puedo permitirme estar mucho tiempo sin asistente, se acumula el trabajo.

—No se preocupe —me levanté y él hizo lo mismo—. Hoy mismo, antes de que termine el día, tendrá mi respuesta —le ofrecí la mano y me la estrechó, haciéndome sentir lo mismo de antes, un escalofrío extraño.

—Entonces espero impaciente la respuesta —enarcó una ceja y yo sonreí con timidez—. Tu habitación, de todas formas ya está lista —sonrió—. Porque si dices que sí, empiezas mañana mismo y como te expliqué, tienes que estar aquí. Así que si aceptas, te vienes hoy mismo con las maletas preparadas. No tienes ni que llamar.

—Está bien —dije asombrada—, tendrá mi respuesta lo más rápido que pueda. Gracias por su tiempo, señor Benson, un placer.

—El placer es mío...

Joder, y otra vez esa voz sensual. ¿Yo me estaba imaginando las cosas o qué? Porque siendo el mujeriego que era y con las preciosidades con las que solía salir, no iba a fijarse, más de la cuenta, en alguien tan normal como yo. Que era guapa y estaba bien, la verdad, pero... Ya me entendéis.

—Buenos días, señor Benson —me despedí antes de girarme.

Él pasó por mi lado y me acompañó hasta la puerta, la abrió y...

—Hasta pronto, Alicia —dijo con seguridad, como sabiendo que mi respuesta iba a ser un sí.

Si hubiera podido, habría salido corriendo de esa casa, pero no lo hice. Caminé tranquila, con seguridad. El señor Román apareció a medio camino y me acompañó hasta el coche.

—Esperamos verla pronto —dijo antes de cerrar la puerta del conductor cuando ya me había montado.

Sonreí, porque no sabía ni qué decir. Hice un asentimiento con la cabeza, arranqué mi coche y me fui de allí, dejando atrás la mansión más impresionante que había visto en toda mi vida.

El trabajo era de lo mejor, las condiciones económicas, todo... A jornada completa, podríamos decirlo así. Viviría seis de siete días que tiene la semana allí. Es decir, no tendría más vida que para el trabajo.

El dejar mi casa era lo que más me costaba aceptar.

Tardé un poco en llegar a casa y me dejé caer en el sofá. Con el contrato en la mano, comencé a leerlo completo, letra pequeña incluida.

Nada que no imaginase, nada extraño... El señor Benson me lo había explicado bien. Las condiciones inmejorables. Eso sí, bien especificado que en horario laboral, viviría donde él estuviera.

No entendía eso, podía trabajar igual viviendo en mi casa. Pero... Eran sus condiciones y yo solo tenía que decidir si las aceptaba o no.

—Hola, petarda. ¿Puedes hablar? —había marcado rápidamente el número de mi amiga, a ver qué pensaba ella. Echaba muchas horas trabajando de limpiadora en una empresa y no siempre podía atender el móvil, siempre con las prisas de poder cumplir con todo lo que se le pedía. La tenían explotada, esa era la verdad, pero necesitaba el dinero y tenía que aguantar como fuera.

—Sí, me coges saliendo de casa de Doña Clotilde, qué por culo me ha dado hoy... Y con la resaca que llevo, no sé cómo no la he asesinado. Que si las ventanas tienen una mancha ahí, que si el baño no se secó del todo... Hija puta la vieja, menos mal que está medio ciega porque lo ve todo —resopló, haciéndome

reír.

—Esa mujer siempre igual —conocía a casi todas sus clientas por lo que me contaba ella.

—Sí, para qué va a cambiar, total, para lo que le queda de vida...

—No seas bruta —reí a carcajadas.

—Es verdad, lo que no sé es cómo sigue en pie. Pero bueno, dime, ¿qué te pasa?

—Vengo de una entrevista de trabajo...

—Espera... ¡¿Y eso?!

—Me llamaron hace unas horas para entrevistarme hoy mismo, ya estoy en casa.

—¿Y te dieron el puesto?

—Bueno... Soy yo la que tiene que decir si firmo o no.

—A ver, explícamelo todo.

Lo hice, le expliqué todo: lo que ganaría, el día libre, el que tenía que vivir con él...

—Joder, el sueldo es para no pensárselo, yo no gano eso en tres meses limpiando —resopló—. Lo único es que no entiendo que tengas que vivir allí.

—Ni yo, pero si viaja mucho o no hay un horario fijo, supongo que es la mejor opción.

—Pues mira, viéndolo bien así te ahorras gastos de casa y de comida. Que la cosa está muy mala, mira por dónde ahorras más —rio.

—Sí, pensándolo así está bien.

—¿Entonces qué vas a hacer?

—Pues supongo que diré que sí, al menos probaré. Es una gran oportunidad trabajar para el dueño de una empresa tan importante.

—Hasta ahí no me contaste. ¿Qué empresa? ¿Qué dueño?

—¿Estás sentada?

—Gracias a Dios, sí. Estoy en el autobús. Y ya era hora porque tengo los pies...

—Pues mejor, porque cuando te enteres de que mi próximo jefe será el señor... Emmanuel Benson...

Se hizo un silencio al otro lado de la línea, no la escuchaba ni respirar.

—¿Ana? ¿Sigues ahí?

—¿Benson? ¿El Emmanuel Benson de la tele?

—Pues sí... —reí.

—Vamos, ¡no me jodas! Ya me puedes contar. Ese hombre está como quieres y más, ¿verdad?

—No grites, que se va a enterar todo el bus —la regañé—. No sé —carraspeé y

me puse seria—. Ni siquiera me fijé en él —mentí—. Estaba metida en el tema del trabajo...

—Claro que sí —dijo con ironía, le faltó el guapi al final—. Y yo voy a ingresar a una orden religiosa porque no me gusta follar. Prefiero servir a Dios.

—Pero serás bruta —reí a carcajadas.

—Mira, Alicia, dime que vas a aceptar ese trabajo. Y no solo por el dinero.

—¿Por qué más iba a ser? —puse los ojos en blanco— Por el dinero y porque en mi currículum quedaría muy bien haber trabajado para él.

—A veces eres tonta... Pero está bien, todo sea por tu vida laboral —resopló.

—Aceptaré, es un buen trabajo...

—Pues ya tardas. Te tengo que dejar que me toca la porculera de Carmen —resopló—. ¿Hablamos luego?

—Claro —reí—. Respira y paciencia.

—Se intenta, hija, se intenta...

Colgué muerta de risa. La pobre tenía una paciencia impresionante, la verdad. Porque tenía cada clienta...

Volví a leer el contrato y suspiré. Lo dejé encima de la mesa, ya había tomado una decisión, pero no iba a aparecer ya mismo en esa casa. Además, tenía que preparar una maleta y todo con ropa.

Me preparé de comer y me puse manos a la obra.

Y antes de darme cuenta, estaba aparcando de nuevo delante de la puerta de la mansión del señor Emmanuel Benson y el señor Román, como esa misma mañana, esperándome fuera.

—Me alegra que haya decidido aceptar —me estrechó la mano y le entregué el contrato firmado—. Sígame, la acompaño hasta su habitación y después le enseño un poco la casa.

Eso hice, mirando, asombrada, cada esquina que me enseñaba. Una casa de dos plantas, con unas escaleras impresionantes, todo de lujo.

Mi habitación estaba en la planta baja, donde también dormían, por lo que me explicaba, los demás trabajadores de la casa.

Era un dormitorio grande, adornado con buen gusto, no le faltaba detalle.

—Mientras esté aquí, es suya. Puede decorarla a su gusto.

—Gracias —sonreí.

—Si me acompaña, le presentaré a los demás empleados.

—Con gusto.

Lo acompañé hasta la cocina y ahí estaban todos, en fila, como esperando el momento.

—Ella es, desde hoy, la nueva asistente personal del señor Benson. Alicia... Ellos son Roberto, es el chófer —estreché la mano de un hombre alto y no muy

mayor, se notaba que se cuidaba aunque ya tuviera sus más de cincuenta años, derrochaba calidez—. Silvio, se encarga de la jardinería.

—Pues tendrá trabajo —dije sin pensar mirando al chico joven, algo menor que yo, muy atractivo y con cara de bonachón que me estrechó la mano. Provoqué su risa.

—Lo tengo, señorita Benson, pero me apasiona —dijo riendo.

—Ay no, a mí llámame Alicia, por favor, o no me sentiré bien. Y si puedo tutearos, mejor también.

—Claro —sonrieron todos.

—Ellas —el señor Román señaló a dos chicas jóvenes, gemelas y muy guapas— son Lucinda y Marina, se encargan de la limpieza de la casa.

—Un placer, Alicia —dijeron a la vez.

—Encantada —sonreí, me dieron muy buena sensación, se notaba que eran buenas chicas, muy dulces y amables.

—Y ella es Camila, la cocinera —miré a la mujer bajita y gordita con cara de pura bondad que tenía delante y sonreí con dulzura.

—Ya me puedes ir diciendo cuál es tu plato favorito para meterlo en el menú —me guiñó un ojo.

—Mi madre cocina muy bien, te va a encantar —dijo una de las gemelas, que en ese momento no sabía decir quién, eran idénticas.

—¿Es vuestra madre? —pregunté asombrada.

—Y él nuestro padre —señalaron al chófer.

¿Siempre hablaban a la vez?, me pregunté a mí misma, riendo por dentro.

—¿Y tú...? —pregunté a Silvio, si todos eran familia...

—Digamos que a él lo adoptamos al llegar a la casa —rio Camila, haciéndonos reír a los demás.

—Gracias por la bienvenida, espero poder integrarme en el núcleo familiar —sonreí.

—Ya lo has hecho —Camila me guiñó un ojo—. Solo te queda decir qué te apetece cenar que hoy eliges tú.

—Hmmm... Pues moriría por un bocadillo de jamón —reí, haciendo reír a los demás.

—Entonces creo que mejor elijo yo —rio Camila.

Y así fue cómo comenzó mi historia en la mansión Benson. Después de tan calurosa bienvenida, me despedí para deshacer mi maleta y volví a la cocina para conocer un poco más a los empleados a los que iba a ver mucho en los siguientes meses.

No vi al señor Emmanuel Benson esa noche, pero por lo que me dijo Carlos, el señor Román al que también tuteaba ya, tenía un compromiso fuera, pero

mandó a decir que empezaríamos a trabajar al día siguiente, a las ocho de la mañana me esperaba en su despacho.

Pasé buenos momentos con una gente encantadora y me sentí bien recibida. Eso era importante para mi trabajo, era algo esencial.

Ya, cansada, me despedí de ellos y me fui a mi habitación. Le conté un poco a mi amiga de cómo había ido todo y que me sentía contenta por la decisión que había tomado. Y con muchas ganas de empezar.

Comenzaría un trabajo nuevo, una vida nueva, nuevos retos...

Y muchas más cosas que ni siquiera me habría imaginado.

Es aquí cuando comienza la verdadera historia con Emmanuel.

Capítulo 3



En la puerta del despacho del señor Benson...

Me había levantado temprano esa mañana. Había desayunado con los demás empleados y volví a sentirme igual de acogida que la tarde anterior.

Y ahí estaba en ese momento, delante de la puerta del despacho del señor Emmanuel Benson. Levanté la mano para llamar cuando la puerta se abrió de repente.

—¿Estás esperando a que den exactamente las ocho de la mañana para entrar? —preguntó con aire divertido.

—No —dije rápidamente—, acabo de llegar —mentí, porque llevaba allí como diez minutos intentando relajarme y poder entrar en ese lugar, mi primer día de trabajo, con todo el aplomo y la profesionalidad que necesitaba.

Me miró con las cejas enarcadas, estaba claro que no me había creído. Me invitó a pasar y lo hice, él cerró la puerta y se sentó en su silla, yo frente a él.

—No tengo tiempo ni ganas de tener que explicarte las cosas desde cero, así que lo vamos a hacer rápido. Tienes experiencia, con unos pocos datos podrás ponerte al día, cualquier duda me preguntas, pero tengo fe en que sabrás llevar las cosas adelante sola, eres inteligente —me guiñó un ojo, quitándole un poco de seriedad a su tono de voz—. Así que, ¿preparada?

Yo ya estaba con mi libreta en mano, esperando para tomar notas.

—Cuando usted quiera —sonreí, confiada.

Una hora después... Menos mal que no tenía tiempo ni ganas para explicarlo todo, porque le había faltado contarme sobre su vida personal. Me había puesto al tanto de todos sus negocios, de lo que sería mi trabajo. Un poco más y me quedo sin agenda donde anotar.

Se levantó de la silla rápidamente cuando terminó con su "corta" explicación.

—¿Alguna pregunta?

—No —dije rápidamente. Si la tuviera, ya repasaría lo que me había dado tiempo a anotar o indagaría por otros lados. Estaba claro que molestarlo a él con

preguntas no era algo que le gustara y yo no iba a jugarme mi nuevo puesto de trabajo.

—Entonces vamos, tu despacho en la oficina te espera.

Y tanto que me esperaba. Los siguientes días no tuve tiempo ni para respirar. Entre ponerme al día de todo, lo hacía incluso cuando me acostaba en mi nueva cama por las noches y la cantidad de trabajo que había que hacer... ¿Cómo le daba tiempo a ese hombre a estar con tanta mujer si apenas descansaba?

Conseguí coger el ritmo a base de falta de sueño, pero estaba contenta. Me gustaba el trabajo y había congeniado con los chicos de la oficina, ¿qué más podía pedir?

Los días pasaban y me iba acostumbrando a la rutina. Desayunar en la casa donde vivía con los demás empleados, salir a las ocho a la oficina con el señor Benson, volver a las tantas de la tarde habiendo comido fuera, en la oficina o donde se terciara y trabajar y más trabajar.

Y el domingo, mi día libre, lo pasaba en mi casa, haciendo nada. Simplemente disfrutando del lugar como hacía años que no ocurría.

El señor Benson era un hombre serio, con un toque de humor que a veces me hacía sonreír. Muy estricto con su trabajo y cuando volvíamos a su casa, no volvía a verlo hasta la mañana siguiente. A veces se metía en su habitación, otras salía y no sabía ni a qué hora regresaba.

Era muy hermético con su vida privada, al menos conmigo, aunque me había enterado de un par de cosillas por los chismes de la casa y porque, al ser su asistente, debía tener conocimientos de sus negocios, tampoco sabía demasiado.

Lo único notable eran los problemas con su ex, la famosa y conocida mujer de las revistas del corazón Regina Byrne.

Por lo poco que sabía, habían estado comprometidos varios años, durante ese tiempo, se creó B & B, el señor Benson asociado con su futuro suegro. Las incesantes infidelidades públicas de mi jefe provocaron la ruptura de la pareja y llevó a esa empresa al límite, donde se encontraba ahora. Los dos socios no se ponían de acuerdo en nada y Regina, la mano derecha de su padre y quien llevaba todo, solo sabía buscar problemas. Y esto traía de cabeza al señor Benson.

Pero hasta el momento, él se centraba en su empresa, dejando de lado los demás problemas que estaban en manos de su abogado.

Una mañana más, ese día trabajaríamos desde casa.

Entré en su despacho con el café en la mano y no supe si darme la vuelta e irme o dejárselo y salir corriendo o quedarme a escuchar. Estaba discutiendo con alguien al teléfono, hasta el momento, nunca lo había visto así.

—No me vas a joder, Regina, porque te juro que primero regalo mi parte de la empresa a mi asistente personal que dejar que te quedes con todo —dijo con rabia.

Vaya por Dios, ¿pero qué pintaba yo en todo eso?

Me acerqué al escritorio y dejé su taza de café en la mesa.

—No juegues conmigo porque te juro que tienes las de perder —dijo, de nuevo, con rabia.

Yo me había girado para marcharme y dejarlo solo con su discusión, tampoco me apetecía oír nada de eso y, no sabía por qué, pero me hacía sentir mal verlo así, enfadado. No es que siempre estuviera riendo, pero así era un hombre muy diferente. Y, para qué mentir, le había cogido algo de cariño, como me había ocurrido con Karen, conmigo él se comportaba muy bien.

—Alicia... ¿Dónde vas? Tenemos trabajo.

—Pensé que necesitaba estar a solas —me giré de nuevo y lo miré.

Se dejó caer en su silla y resopló mientras apretaba sus sienes.

—¿Necesita una pastilla?

—Lo que necesito es quitarme ese grano del culo —resopló, abrió los ojos y me miró, mis cejas enarcadas y aguantando reír, no estaba acostumbrada a oírle hablar así.

—Solo hay que explotarlo y ya —reí al final.

—No creas que no lo haría si pudiera, pero se me resiste el hijo de... —respiró— Me saca de mis casillas.

—¿Se refiere a su ex? —pregunté dubitativamente.

—Mi ex y mi "socia" —hizo el gesto de las comillas con los dedos—. Vamos a vivir en una guerra continua mientras compartamos esa empresa.

Me quedé mirándolo, se le veía agobiado, cansado y con ganas de matar a alguien.

—Tal vez... —empecé pero me cortó.

—¿Qué haces tú cuando te agobias?

—¿Perdón?

—Cuando parece que vas a explotar, ¿qué haces? —me señaló la silla para que me sentara frente a él. Lo hice y pensé qué responderle, al final le dije la verdad.

—Pues depende del grado de agobio.

—¿Hay diferentes grados? —preguntó sonriendo, lo cual me hizo sentirme bien, me gustaba verlo sonreír y no lo hacía mucho, a no ser que fuera con su humor irónico.

—Sí, hay como cuatro grados —dije muy segura, inventándomelo todo.

—A ver, explícame —echó el azúcar a su café y me miró—. ¿Y por qué no

hay café para ti?

—Pues porque... —¿qué iba a contestarle? Siempre llevaba solo para él y me iba a mis labores, no me lo tomaba con él.

—La próxima vez te lo tomas conmigo —frunció el ceño.

—Vale...

—Explícame eso, tengo curiosidad —dio un sorbo al café y me miró fijamente.

—Pues verá —a ver qué me inventaba...— Vamos del menor al mayor —carraspeé. Notaba en su cara que intentaba no reírse, se mordió el labio y afirmó con la cabeza—. Nivel uno: grado de estrés baño musical. Ese es el menor, en el que te das un baño con sales relajantes y música y te relajas.

—Ese no me suele funcionar, vamos a probar alguno más —se iba a reír, me lo veía venir.

—Entonces el nivel dos: grado de estrés me voy a dar un paseo y hacer algo que nunca haga antes de ponerme a golpear paredes o a matar a gente.

—Ajá... ¿El tres?

—El tres sería —carraspeé de nuevo, a ver qué se me ocurría...— El tres es ya de los mayores, claro.

—Claro —ya sí que no iba a aguantar más la risa.

—El grado tres: la furia no se va, así que tengo que golpear algo y después desaparecer unos días, desconectar todo y olvidarme del mundo.

—Hmmm... Ese es tentador, pero no puedo hacerlo.

—Ya, ni casi nadie en verdad —ese invento no me había salido muy bien. Pero alguno de los tres tiene que funcionar.

—O el cuatro...

—¿Qué cuatro?

—Me dijiste que había cuatro.

Yo me lo estaba inventando todo, como para saber qué le había dicho.

—Ah, el cuatro —hice un gesto con la mano, como dándole a entender que no tenía importancia porque no funcionaría.

—El cuatro es el de mayor grado, así que es el que necesito, ¿no crees? Antes de asesinar a nadie...

—Ya... —joder, ¿qué me iba a inventar? Porque lo que se me había venido a la cabeza no podía soltarlo— Pero es que el cuatro...

—Alicia... —dijo con tono de advertencia— El cuatro, dime el grado cuatro.

Ay, Dios, que mi boca no tenía filtro y una vez que ya estaba la idea en mi mente...

—Follar —solté a lo bestia—. Ese es el cuatro, follar —por si no era suficiente cagada decirlo una vez, mi boca quería pronunciarlo de nuevo. Tenía ganas de

darme de hostias a mí misma.

El señor Benson me miró fijamente, intensamente... Me estaba poniendo más nerviosa de lo que estaba.

Y cuando creí que me iba a llevar la bronca el siglo por las confianzas que me había tomado, que eran demasiadas, soltó una carcajada que resonó en toda la casa. Yo estaba roja como la grana y él no podía dejar de reír.

—El cuatro es el que más me gusta, pero no creo que... —y se calló. Y me miró...

Y yo ya sí que quise esconderme debajo de la mesa, me quemaba todo. Entre la vergüenza y esa mirada... ¿O mi cerebro me estaba jugando una mala pasada? Porque me daba la impresión de que me miraba de otra forma.

—Yo es que del cuatro ni me acuerdo ya —dije más para mí misma que para él, pero como solía pasar, no lo podía dejar en mi mente, siempre tenía que soltarlo todo sin pensar—. Lo siento —dije rápidamente—. No quise...

—¿Crees que podrías ayudarme a aprender a bajar mi enfado? —preguntó pícaramente.

—¿Con el grado cuatro?! —me salió la voz estrangulada, como si hubiera pisado a un gato.

—Yo pensaba en salir a dar un paseo y olvidarnos del trabajo por un día, pero si insistes —sonrió con picardía.

Pícaro era, eso seguro.

—Ah, claro, con eso sí —suspiré de alivio, había podido salir de esa. Al menos delante de él, porque mi mente estaba imaginando que disfrutábamos los dos del grado cuatro, para qué mentir.

—¿Tan desagradable sería si elijo el cuatro? —preguntó con las cejas enarcadas. Sabía que se estaba burlando de mí, o eso esperaba.

—Es mi jefe, hay cosas que no se pueden —era evidente.

—¿Por qué no? —preguntó muy serio.

Evité poner los ojos en blanco, ¿pero cómo me había puesto en esa situación? Nos estábamos yendo a lo personal.

—Es la ley principal de un asistente personal. Nada de relaciones con tu jefe.

—Ah... —sonrió— Pero cuando no estás en horas de trabajo, literalmente no sería tu jefe, ¿no?

Me estaba poniendo nerviosa...

—¿Se conformará con el grado dos o no? —solté, porque me estaba poniendo de los nervios y ese hombre era demasiado atractivo como para que me pusiera a mí a imaginar más de la cuenta. Y una ya le tenía un cariño y como que no...

Tras otra carcajada suya, cuando pudo hablar...

—Será que me conformaré con el dos —se levantó de la silla y me señaló la

puerta del despacho—. ¿Vamos?

—¿Adónde?

—Pues a dar un paseo, a hacer algo que no suela hacer, a usar el grado dos para bajar mi ira... —sonrió.

—Ah... Es que eso debería de hacerlo solo.

—Alicia... —otra vez ese tono de advertencia— Hoy no trabajas, lo harás conmigo.

—Como quiera... —me levanté y fui hacia la puerta. Puse la mano en el pomo para abrirla y él cubrió mi mano con la suya.

—Y como no trabajas, hoy no soy tu jefe —dijo casi en mi oído, ¿se me estaba insinuando? Ay, Dios...

—Eso no está muy claro —dije atropelladamente antes de abrir la puerta y salir con rapidez.

Las risas de mi jefe se escuchaban mientras me seguía y yo os juro que solo quería esconderme en algún lugar. Había pasado una raya importante y con un hombre así, era para preocuparse. Pero terminé sonriendo, tampoco era malo, ¿no? Todo podía ser una bonita amistad.

Esa misma noche supe que no podía ser solo una bonita amistad.

Habíamos salido de la casa y habíamos paseado por los jardines. Yo ya no sabía si me estaba imaginando las cosas o si eran como las sentía, porque me daba la sensación de que desde esa conversación en su despacho, él me miraba de una manera muy diferente.

Era un conquistador nato, eso lo sabía yo como lo sabía todo el país. Su fama, obtenida a pulso, de picaflor era de verdad. Pero claro, yo no había tenido que sufrir ese lado conquistador, masculino y personal del señor Benson.

Y era algo a lo que nadie podía resistirse, eso tenedlo por seguro.

Habíamos hablado de todo un poco, me había contado por encima sobre el problema con su ex, no mucho más de lo que yo imaginaba y de lo que sabía por los medios de comunicación. Me habló un poco de sus padres, quienes estaban en Londres, se jubilarían pronto y se irían a vivir a Mallorca, dejándole la otra gran empresa familiar a él, era hijo único. En su tiempo podía haberla gestionado, pero prefirió probar suerte solo, aunque su padre no lo entendiera. Lo había conseguido y eso lo hacía sentir orgulloso, se le notaba en la voz, en cómo lo contaba.

Al final, sin saber cómo, la conversación se centró en mí y terminé contándole sobre mi vida, la muerte de mis padres y lo mal que lo había pasado desde entonces.

Y me sentó bien poder desahogarme con él y ver la comprensión en su rostro.

Se había comportado en todo momento como un caballero, pero la picardía en sus miradas y en sus palabras, esas frases con doble sentido que decía... O a mí me parecía así porque me lo terminaba llevando todo a lo sexual. Su cercanía...

Menos mal que nos despedimos pronto esa tarde, porque con la calentura que yo tenía encima, si llego a estar más con él, me olvido de reglas y de quién es y me abalanzo a hacerle todo lo que mi mente imaginaba.

Y todo lo que mi cuerpo quería.

Porque el jodido me tenía en un estado perpetuo de excitación impresionante.

Ya en mi habitación, después de despedirme de él, me tumbé en la cama y suspiré.

O volvía a comportarme estrictamente profesional con él o las cosas iban a acabar muy mal para mí.

Porque podía llegar a enamorarme de ese hombre.

Capítulo 4



Los días siguientes volvimos al ámbito estrictamente profesional. Aunque me hacía tomarme el café con él y de vez en cuándo hablábamos un poco de cosas sin sentido y con nada que ver con el trabajo, había mucho por hacer y ambos nos concentramos en lo que era importante: los negocios.

Era la noche del jueves y estaba sentada con los demás, a la mesa de la cocina, íbamos a cenar.

Y para sorpresa de todos, apareció el señor Benson.

—Alicia, te estaba buscando.

Todos se quedaron en silencio. Y todos me miraron de reojo mientras se hacían los tontos y comenzaban a comer. No entendía esas miradas, por trabajo no era la primera vez que me buscaba.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Pues si eres tan amable de comer conmigo —señaló a la puerta—. Desde hoy comes conmigo.

Y así, tan tranquilo y sin más explicaciones, se marchó.

Noté varios pares de ojos mirándome fijamente y los miré a todos.

—Habrá que trabajar —me encogí de hombros, sin darle importancia.

—¿Trabajar? —preguntaron a la vez las gemelas, riendo.

—No sé, por algo querrá... —no sabía ni qué decir.

—Ay, mi niña, venga, no tardes —Camila se levantó rápidamente y me puso todo en una bandeja—. Yo te lo llevo, no lo hagas esperar.

Los miré a todos con desconfianza, ¿qué estaban pensando?

—No sé qué os imagináis, pero no es así —dije mientras iba hacia la puerta.

—Claro que no —dijo Silvio.

—Para nada —rio Roberto.

—Jum... —los miré malamente, por malpensados.

Seguí a Camila hasta el salón principal.

—Tú solo sigue haciéndolo reír —me dijo antes de que entráramos y sin entender a qué se refería.

Dejó mis cosas sobre la mesa, en la silla de al lado del señor Benson y se marchó rápidamente.

Entre nosotros dos, el silencio...

—¿Ocurre algo? —pregunté cuando ya me sentía nada incómoda.

—No —solo dije eso, encogiéndose de hombros.

—Ah...

—Desde hoy desayunas, comes, cenas conmigo, solo eso.

—Como usted quiera...

—Ah y una cosa. Cuando termine la cena, reserva dos billetes de avión para Londres. Tengo unas reuniones urgentes mañana allí, así que tenemos que estar antes de las once de la mañana en las oficinas de la sede de la empresa de mi padre. Tengo casa allí, no necesitamos hotel. Alquila un coche con conductor que nos espere en el aeropuerto y esté disponible exclusivamente para nosotros hasta que volvamos.

—¿Para nosotros?

—Claro, para los dos —dijo como si fuera tonta, como si no recordara que era su asistente personal y que tenía que ir con él—. La vuelta para el domingo por la mañana, las reuniones durarán todo el día, pero tampoco quiero estropear tu día libre.

—Si hay que trabajar, no hay problema.

—El trabajo acaba el sábado por la noche —dijo muy serio—. ¿Comemos?

—Claro...

Yo no entendía qué le pasaba a ese hombre, pero tampoco me iba a poner a pensar de más. Comería, compraría los dos billetes de avión y listo.

La cena la hicimos casi en silencio, la verdad es que ni hablamos, a no ser que yo le preguntara algo sobre la reunión o sobre su casa en Londres, pero solía estar cortante, así que terminé por cerrar mi boca y solamente cenar.

Cuando terminé, fui al despacho, cogí mi ordenador y compré los dos billetes de avión para las seis de la mañana. Tras decírselo, darle las buenas noches y preparar mi maleta tras una ducha rápida, me tumbé en mi cama.

Estaba agotada y en unas horas me tocaría viajar. Más me valía dejar de pensar tanto en qué bicho le había picado para como se había comportado esa noche y descansar.

Unas horas después, no había dormido una mierda, para decirlo sin rodeos.

Cuando me monté en el coche para que Roberto nos llevara al aeropuerto, terminé durmiendo todo el camino. La dulce voz de mi jefe me despertó mientras me acariciaba el brazo.

Bonito despertar, pensé cuando abrí los ojos y lo vi.

—En el avión puedes dormir algo más porque nos queda un día duro de

trabajo.

—Lo siento, no me di cuenta de que me dormía —me disculpé.

—No importa —sonrió—. Vamos, tenemos un vuelo que coger.

No me gustaban nada los aeropuertos, entre el lío de pasar los controles de seguridad, esperar a embarcar... Menos mal que yendo en primera clase todo era mucho más rápido.

Nada más sentarme en el avión, apoyé la cabeza y lo siguiente que recordaba era escuchar a mi jefe diciéndome que ya habíamos aterrizado.

—Ahora sí, ¿preparada para un día de duro trabajo? —sonrió.

—Cuando me tome un café cargado y me retoque el maquillaje en el coche, le diré que sí —reí, haciéndolo reír a él.

—Pues vamos a por ello entonces.

Café en vena, maquillaje retocado en el baño del aeropuerto y directamente hacia la sede de la empresa del padre del señor Emmanuel Benson.

Como ya me había puesto al día, como alto cargo de la empresa de su padre, aunque solía delegar esa responsabilidad en alguien de confianza la mayor parte del tiempo había reuniones a las que tenía que asistir para tomar decisiones.

No podía dejar de hacerlo, la empresa sería también suya en poco tiempo y aunque se volcaba más en la propia, también tenía que dedicarle tiempo.

Yo no sabía qué iba a hacer ese hombre cuando tuviera que hacerse completamente cargo de las dos empresas y, para colmo, tenía el problema de la asociación con el que podía haber sido su suegro.

Como bien presagió, nos dieron las tantas de la noche en esa enorme sala de reuniones del alto edificio de cristal del centro financiero de Londres.

Estábamos recogiendo las carpetas con la documentación cuando el señor alto y mayor que había presidido la mesa, su padre, se acercó a mi jefe.

—Tengo a tu madre esperando a que le confirme que vienes a cenar.

—Estoy cansado, papá, apenas dormí anoche —suspiró.

—No es excusa para tu madre, te dirá que te tomes unos días libres —resopló. Por la impresión que me daba, los dos eran igual de obsesivos con el trabajo.

—Como si pudiera hacerlo. No será por falta de ganas.

—Deberías de hacerlo, no cometas los mismos errores que yo que me he pasado la vida en esta empresa y casi termina con mi matrimonio.

—No estoy casado, no tengo problemas con eso —se encogió de hombros.

—Pero lo estarás —su padre me miró a mí tras la afirmación—. ¿Asistente nueva? —preguntó, riendo con picardía, como solía hacer su hijo.

—Sí, sabes que necesitaba a alguien ya —respondió el otro muy serio.

—Desde luego, porque el anterior mira que era malo —rio—. Patrick Benson,

padre de este obsesivo del trabajo —levantó la mano para que se la estrechara.

—Ella es Alicia —dijo mi jefe sin dejar presentarme—. Dile a mamá que esta noche es imposible, que vendré dentro de unos fines de semana y toda mi atención será para ella.

—Llevas diciéndole eso años, Emmanuel —resopló su padre.

—Ya sabes que me pone la cabeza como un bombo —se excusó.

—Claro, si no dieras tanto de qué hablar en la prensa, no te molestaría tanto. Si cada semana se te ve con alguien nuevo.

—¿Tenemos que tener esta conversación aquí? —preguntó hastiado. Yo seguía a lo mío, haciendo la que ordenaba papeles, pero lo único que hacía era desordenar para volver a ponerlos bien ya que no sabía cómo marcharme.

—No, tienes razón. Ya me inventaré una buena excusa, pero con la promesa de que vendrás en unas semanas.

—Está bien —cedió—. Mañana vuelvo a España, me mantienes al tanto de todo.

—Como siempre, hijo —le dio un abrazo y se marchó.

—Si tengo que ver a mi madre hoy te juro que sí o sí necesito relajación de grado cuatro —dijo haciéndome reír.

Salimos de la sede de la compañía, el chófer que contraté nos esperaba abajo. Nos llevó hasta la dirección que le dio el señor Benson y llegamos a una zona en las afueras de la capital, a una casa que nada tenía que envidiarle a la que poseía en España.

El servicio lo esperaban fuera, los saludó a todos, me presentó y me hizo seguirlo a la primera planta, donde ya estaban llevando nuestras maletas.

—Es la habitación de invitados, espero que estés cómoda en ella.

—Es demasiado, podría...

—Pedí que te subieran la cena, supuse que estás cansada.

—Se lo agradezco... Necesito una ducha y dormir.

—Estás haciendo un gran trabajo, Alicia —sonrió—. Ahora a descansar, nos vemos mañana temprano. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Benson.

Lo vi entrar en la suya, justo en la de al lado y cerré la puerta de la mía. La habitación era un palacio, más grande que toda mi casa, una exageración.

Cuando vi la bañera... Joder, ahí podría hacer hasta unos largos.

Comencé a llenarla de agua mientras sacaba el pijama de la maleta y lo que necesitaba y me introduje en ella, casi me quedo dormida con el agua caliente y la paz de ese lugar.

Me colocaba el albornoz cuando llamaron a la puerta, abrí y ahí estaba la comida, preparada en un carrito como si fuera un hotel.

Había sido muy considerado al respecto.

Tras ponerme cómoda y cenar mientras hablaba por WhatsApp con mi mejor amiga, me tumbé en la cama, intentando dormir.

Pero no podía. Era como esas veces en las que el cansancio es tan extremo que ni siquiera te deja pegar ojo, solo te despierta más y más. Di vueltas y vueltas en la cama y en lo único que podía pensar era en que él estaba ahí, en la otra habitación.

Entre nosotros no había pasado nada, ni pasaría. Era mi jefe. Pero no podía engañarme a mí misma. Con cada día que pasaba, lo iba conociendo un poco más, lo poco que se iba dejando.

Y me gustaba.

Me gustaba como hombre. ¿A quién no?

Pues a alguien con dos dedos de frente que sabe que es un mujeriego y que a la primera de cambio se acuesta con cualquiera que se le ponga a tiro.

Aunque desde que trabajaba con él, la verdad es que no había vuelto a oír ningún escándalo sobre su vida privada.

Eso no significaba que no volvieran pronto, un picaflor siempre es un picaflor.

Cogí la bata de seda y me la puse encima para salir a tomar un poco el aire, quizás así me ayudaría a despejar la mente. Intenté no hacer ruido mientras salía de la habitación y bajaba las escaleras. No conocía la casa, así que tuve que buscar la salida al jardín trasero. Por donde me imaginé, por la cocina.

Estaba algo iluminado por algunos faroles aún encendido. Era inmenso y precioso. Me acerqué hasta un pequeño porche que tenía una hamaca, muy cerca de la piscina y me senté allí, recogiendo mis piernas y abrazando mis rodillas.

Ese lugar era paz...

Cerré los ojos y los recuerdos vinieron a mi mente, empañando mis ojos de lágrimas, saliendo sin poder controlarlas.

—Alicia...

Escuché la voz preocupada de mi jefe y levanté rápidamente la cabeza. Me limpié la cara y me fui a levantar, pero no me lo permitió. Se sentó a mi lado y me miró a los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Nada, solo que no podía dormir y salí a tomar el aire.

—Y por eso estás llorando... —dijo con ironía— Sabes que no me gusta que me oculten las cosas.

—Es verdad. Caminé un poco y encontré este lugar. Solo estaba recordando.

—¿Recordando qué? —preguntó, comprensivo. Él ya conocía parte de mi historia, había entendido bien por dónde iban mis pensamientos.

—Son tonterías, de verdad.

—Alicia... —dijo en tono de "voy a perder la paciencia como no me cuentes".
Suspiré.

—Antes de que mi abuela falleciera, mis padres y yo pasábamos muchos fines de semana con ella en el pueblo. Yo era muy pequeña, pero aún me acuerdo. La casa de mi abuela tenía un patio, pequeñito, pero para mí era como una plazoleta gigante. Me montaba en la bici, saltaba a la comba, me sentaba allí por las noches, cuando hacía buen tiempo y mientras los mayores hablaban, yo jugaba con mis muñecas —me limpié las lágrimas de nuevo—. Era una niña feliz allí y un día, hablando con mi padre, me prometió que cuando pudiera, compraríamos una casa con jardín para que cuando quisiera, pudiera salir a jugar. Pero nunca llegó. Poco tiempo antes de morir, tenían pensado comprar una casa nueva, esa con jardín. Y me dijo: No pude cumplir la promesa en su día, ya no tienes edad para muñecas. Pero esa casa será tuya el día de mañana y desde ahí, siempre podrás ver las estrellas. Y el día que nosotros no estemos, solo mira al cielo y nos verás. Como puedes ver, solo es un recuerdo tonto —me encogí de hombros, pero seguía llorando—. Yo estaba ilusionada con que se compraran esa casa, iba a seguir viviendo con ellos por el momento porque con ellos era feliz. Y tampoco pudo cumplirme esa promesa, la vida se los llevó demasiado pronto —lloré.

El señor Benson no dijo nada, me limpió las lágrimas con los pulgares y me abrazó, dejándome llorar más si era lo que necesitaba.

Cuando se me pasó la llantina por los recuerdos, me separé de él.

—¿Lo he despertado yo?

—No, miraba por la terraza y te vi, tampoco podía dormir.

—¿Le sigue dando vueltas a la cabeza? —pregunté ya más calmada.

Él me miró fijamente antes de responder.

—Cada vez a más cosas —dijo con seriedad.

—Perdone la molestia, pero...

—Deja de pedirme perdón, de disculparte, Alicia. Puedes ser franca conmigo siempre, no tienes que excusarte.

—No debería de pensar tanto, a veces solo hay que dejarse llevar.

—Dejarme llevar me ha traído muchos problemas... La prensa del corazón lo sabe bien. Usar el grado cuatro no siempre es bueno —dijo con humor, dejándome claro que se refería a las mujeres. Cuando no era precisamente a eso a lo que me refería yo, sino a un tema de emociones. Pero ya en ese punto, tenía que preguntar.

—¿Y no ha merecido la pena?

—No. La mayoría de las veces no. Y he vuelto a caer una y otra vez.

—¿Y por qué lo ha seguido haciendo?

Él se mantuvo en silencio unos segundos...

—Porque uno sabe bien a lo que puede aspirar y tiene asimilado que lo que le gustaría no lo encontrará nunca —se encogió de hombros, quitándole importancia cuando lo que me estaba contando era muy importante.

—Eso es muy pesimista —soné regañona, pero me salió así.

—Yo diría que realista. Sé en el mundo que me muevo, Alicia. Sé lo que buscan de mí. Así que no me arriesgaré a más que a un buen rato.

—Lo hará, cuando le llegue la persona correcta —dije con seguridad, porque nos pasaría a todos.

—¿Y cómo sabes cuál es realmente la persona correcta? —me miró fijamente, esperando mi respuesta.

—No lo sé, nunca la encontré —sonreí—. Pero lo puedo imaginar.

—A ver...

—A parte de la pasión, del deseo... Que siempre es más intenso al principio, pero no debe de desaparecer con los años como muchos creen... Imagino que es encontrar a alguien en quien confiar ciegamente. Alguien que esté ahí para apoyarte, dejándote libre para elegir, pero sabiendo que tienes su mano para agarrarla si te caes porque te ayudará a levantarte si te has caído. Alguien que no te corte las alas, que no te quiera cambiar... Alguien que te dé algo que todos los demás no —sonreí, avergonzada.

—Eres una soñadora en ese sentido.

—Supongo que sí, porque a mí en vez de ayudar a levantarme, me han dado patadas en el culo —torcí el gesto, provocando en él una carcajada.

—¿Tan mal te ha ido?

—No, mal no, tampoco les di la oportunidad, sabía que ninguno de ellos era el chico para mí.

—¿Y cómo se sabe eso?

Me extrañaba que tuviéramos ese tema de conversación y, aún más, que pareciera realmente interesado en las cosas cursis que yo estaba soltando por la boca.

—Según decía mi madre —dije mirándolo a los ojos, sonriendo con tristeza al volver a recordar—, cuando llegue esa persona no te preguntarás si es ella. Solamente tendrás la certeza de que no será nadie más.

Y yo nunca había sentido eso con nadie. Y quién sabía si lo sentiría alguna vez, pero creía que era así, como mi madre me había explicado.

Nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro a los ojos. Con lentitud, levantó una mano y acarició mi mejilla.

—Así que solo lo sentirás... —dijo con escepticismo.

—Eso dijo —su contacto me hacía temblar.

Siguió acariciando mi mejilla con sus nudillos, rozando mis labios.

—Sería bonito sentir algo así, ¿no crees? —preguntó con voz ronca, mirando mis labios.

Yo no podía ni hablar en ese momento, con seguir respirando y no hiperventilar era suficiente. Me estaba tocando de una forma íntima, me estaba haciendo temblar y no quería que parara.

—Señor Benson —dije con la voz temblorosa.

—Hoy solo Emmanuel, Alicia, solo Emmanuel... —acercó sus labios a los míos, solo rozándolos— Dilo —ordenó con nuestros labios rozándose.

—Emmanuel —gemí por el contacto.

Un gemido salió de su garganta y me besó. Dios... Me besó como nunca nadie.

Abrí mi boca para responder ante su ataque, era duro, no se cortaba en mostrar que me deseaba. Y yo no iba a hacerlo tampoco.

Nos besamos, pero era como si no nos saciáramos de saborear la boca del otro, de jugar con nuestras lenguas y de gemir por el deseo que nos arrollaba en el momento.

Se separó de mí y me miró a los ojos, agarró mi mano, se levantó y tiró de mí, llevándome, casi corriendo, hasta el interior de la casa. Hasta su dormitorio. Entramos y me miró antes de cerrar la puerta.

—Es tu momento de salir porque después no te dejaré —me seguía mirando con tanta intensidad que iba a llegar al orgasmo con solo eso.

Sabía que si me quedaba, las cosas entre los dos podían cambiar, incluso llegar al punto de perder mi trabajo. Sabía cómo era él con las mujeres. Sabía que podía ser un simple polvo más. Sabía todo, la decisión era mía.

Y la decisión ya estaba tomada.

Me acerqué a él, pegando nuestros cuerpo, alargué mi mano y cerré la puerta. Esa era toda la respuesta que necesitaba.

Entonces perdió el control, me agarró por la cintura, pegando nuestros cuerpos aún más y volvió a devorar mi boca. Caminamos, sin dejar de besarnos, hasta caer en la cama, ambos desesperados por estar con el otro.

Así fue como nos desnudamos, precipitadamente, sin perder el tiempo, solo con la necesidad urgente de sentir la piel del otro pegada a la propia.

Me puso sobre el colchón, boca arriba y se sentó a horcajadas sobre mí, besando mi cuello y bajando con su boca para llegar a cada uno de mis pechos. Los lamió mientras con sus manos los apretaba, haciéndome temblar cuando sus dedos pellizcaban mis pezones para después chuparlos, aliviándolos.

No era suave, eso era deseo puro, de ese que no se puede controlar. Ese que

yo no había sentido nunca.

Repartió besos húmedos por mi cuerpo. Mi barriga, mis caderas, mordiéndolas de paso. Haciéndome imaginar que tendría su boca pronto en mi entrepierna. Pero no fue así. Dejó eso de lado y bajó hasta mis pies, para empezar a subir de nuevo por mis pantorrillas, por mis muslos...

—¿Me quieres ahí? —preguntó con voz ronca.

Lo miré, me miraba, expectante y con una sonrisa pícaro.

Pensaba que era evidente, no dejaba de mover las caderas pidiendo su boca precisamente ahí. Afirmé con la cabeza, pero él negó con la suya.

—Dímelo entonces —ordenó.

—Te quiero ahí —gemí, lo deseaba...

—No ha sonado a que lo quieras mucho —enarcó las cejas, se estaba quedando conmigo.

Y yo no tenía ganas de hablar. Así que sin vergüenza ninguna, con mis manos, agarré su cabeza y lo hice bajar hasta el punto exacto, provocando en él una risa que duró poco cuando su boca mordió mi sexo para lamerlo después.

Yo iba a morir de placer, mis piernas no dejaban de temblar mientras él lamía y mordisqueaba, jugaba con mi clítoris y con sus dedos entrando y saliendo de mí. A veces despacio, otras duro y hasta el fondo.

Estaba a punto de tener un orgasmo y apreté mi agarre sobre su cabeza aún más, pero él se zafó, se colocó con rapidez un preservativo que tenía en la mesilla de noche y me penetró con fuerza.

Y grité su nombre cuando comencé a temblar mientras él se hundía todo lo que podía, agarrándome fuerte de las caderas, esperando que se me pasara el éxtasis.

Había tocado el cielo y había vuelto a bajar...

Pero él no me dio tiempo a recuperarme. Salió de mí y comenzó a embestirme una y otra vez, sin pausa, sin perder el ritmo. Encendiéndome de nuevo.

Era sexo y era el mejor sexo que había tenido en la vida.

Vi cómo apretaba la mandíbula y supe el momento exacto en que iba a eyacular, provocándome un segundo orgasmo, haciéndome gritar de nuevo su nombre y él terminando cuando mi vagina se contraía, con fuerza, alrededor de su pene.

Salió de mí y se desplomó a mi lado. Respirábamos alteradamente, ninguno decía nada...

No sabía si acomodarme, si levantarme e irme o qué hacer. Pero él reaccionó antes. Cogió la sábana y me tapó. Lo miré a los ojos vi algo extraño en los suyos. ¿Duda? ¿Incredulidad? No sabía qué exactamente.

Me tapó un poco más, me dio un beso en la frente, se levantó y se puso la bata y se fue. Me dejó allí y yo cerré los ojos, esperando que volviera en algún momento.

Capítulo 5



Pero no volvió... Y las cosas desde ese día fueron diferentes.

Cuando me desperté esa mañana en su cama, él ya estaba vestido y haciendo la maleta de nuevo. Con un frío "buenos días", me dijo que era hora de levantarse, teníamos un vuelo que coger. Todo el camino hacia el aeropuerto, el viaje en avión y la llegada hasta mi casa estuvimos en silencio. El señor Benson estaba serio, pensativo y a mí me comían los nervios.

No quería decir nada, no sabía qué decir con respecto a lo que ocurrió la noche anterior.

Era mi día libre, así que tras dejarme en la puerta de mi casa con otro frío "mañana nos vemos", se marchó y me quedé allí, todo el día dándole vueltas a la cabeza. No importa si me ponía a limpiar para intentar evadirme, la cabeza estaba una y otra vez en lo mismo.

Lo que había ocurrido entre nosotros, para mí no fue solo un polvo aunque sabía, en todo momento, que para él podía serlo. Pero por la manera en que me había tratado, me quedaba un poco de esperanza de ser alguien... Ya no digo especial, pero joder, no una más con la que irse a la cama como solía hacer con las demás.

Pero por su actitud ese día, estaba claro que, además de sentirse incómodo con mi presencia, no había significado nada para él.

Y no podía reprochárselo, yo sabía de más con quién me estaba yendo a la cama, con el picaflor y mujeriego más famoso de toda la ciudad.

A la mañana siguiente volví a su casa, mis amigos, como ya los consideraban, ya habían comenzado con sus labores, solo Camila que estaba terminando de desayunar.

Me senté a la mesa con una taza de café.

—¿Desayunas aquí? —me preguntó extrañada.

—Sí...

—Tu desayuno está listo en la mesa principal.

—Solo necesito un café —sonreí, o lo intenté.

No tenía la cara de desayunar ese día con él, ni siquiera sabía si quería verme.

—¿Qué te pasa, cielo? —me preguntó cuando el silencio cayó sobre nosotras, bebía de mi café, sumida en mis pensamientos.

—Nada —dije rápidamente.

—Aún no nos conocemos bien, pero puedes confiar en mí.

—Lo sé —sonreí con agradecimiento—. Pero de verdad que no me pasa nada.

Ella me miraba sin creermelo, pero no podía decirle: "pues a ver, es que me acosté con nuestro jefe y después de eso casi ni me ha mirado a la cara". Prefería guardarme ese tipo de cosas para mí, ni siquiera a mi mejor amiga se lo había contado cuando nos vimos la tarde anterior. Solo le dije, como respuesta a su incesante interrogatorio porque me veía triste, que simplemente era cansancio y nada más. Sabía que no se lo creía, me conocía bien, pero por eso mismo también sabía que no debía de insistir, que le contaría las cosas cuando realmente estuviera preparada.

—Alicia...

La voz del señor Benson me sacó de mis pensamientos. Levanté la mirada y ahí estaba él, en la puerta de la cocina, más serio que nunca y mirándome con las cejas enarcadas.

—Buenos días, señor Benson —porque era así como tenía que llamarlo, lo de Emmanuel solo había sido para ese momento que se nos fue de las manos.

—Llevo un rato esperándote para desayunar. ¿Qué haces aquí?

—Pensé que... —me callé.

Porque ¿qué iba a decirle? Pues mire, señor Benson, pensé que desde lo que ocurrió entre nosotros y de cómo se comportó después, lo normal es que no quisiera que lo acompañara a su mesa para desayunar, más que nada porque se ha comportado conmigo como un bloque de hielo después de lo que compartimos. Porque quizás para usted no fue nada, pero tenga por seguro que yo no voy por ahí, acostándome con cualquiera.

Pero no podía decirle eso y, por una vez en mi vida, mi boca supo mantenerse cerrada.

—No pienses tanto —dijo más serio aún—. Y vamos, tengo hambre y tenemos mucho trabajo que hacer.

Evité poner los ojos en blanco hasta que se dio la vuelta.

—Lo que sea que pase entre vosotros... Va por buen camino —sonrió Camila mientras lo miraba marcharse.

—No sé a qué te refieres —fruncí el ceño.

—A nada, mi niña —sonrió—. Venga, no lo hagas esperar más que parece tener un humor de mil demonios.

—Y tengo que aguantarlo yo —dije por lo bajini, enfadada porque me tocara a mí.

—Y mucho que lo aguantarás, sí —rio ella, dejándome sin entender el porqué de ese comentario. Yo iba a aguantar más bien poco, como fuera un cascarrabias, ahí se quedaba con su trabajo plantado. Por muy bien que me pagara y sin importarme lo que había ocurrido entre los dos.

Llegué al comedor principal y fue el inicio de la semana más larga de toda mi vida.

El señor Benson hablaba conmigo solo y cuando fuera estrictamente necesario. En las comidas, que insistía en que tenía que compartirlas con él, se mantenía en un silencio profundo, mirando a la nada. Me sentía incómoda, muy incómoda. Pero parecía ser que las cosas no iban a cambiar, al menos para mejor.

Si tenía que golpear por la rabia o llorar de la impotencia mientras me culpaba por haber sido tan gilipollas de caer en sus redes, lo hacía sola, mientras estaba en mi cama, por la noche.

Por el día, comencé a actuar como él. Era mi trabajo y yo sabía comportarme como toda una profesional. Mostrando que no me afectaba nada ni me interesaba otra cosa que no tuviera que ver con mi empleo, pero todo era una gran fachada, por dentro estaba hecha polvo. Y no era para menos, el frío de su indiferencia me dolía.

No es que yo esperara que por un polvo hubiera una promesa de amor eterno, tampoco era tan ingenua de creer en los cuentos de hadas, pero que la relación siguiera más o menos normal...

Está bien, es lo que estáis pensando. Era una ilusa. Me había acostado con mi jefe, ¿qué podía esperar si no? Pues lo que estaba teniendo, ni más ni menos.

Pasé la semana como pude. Intentando llevarlo lo mejor que podía. El sábado teníamos reuniones para aburrirnos, así que estaría entretenida hasta volver a casa por la noche. Y a la mañana siguiente, me iría a mi casa, donde me sentiría mejor que con el hombre de hielo, como podía llamarlo perfectamente.

Y desagradable.

Y, ¿por qué no? Un poco... ¡No! Un "mucho" gilipollas.

A ver qué se creía el pedazo de imbécil, que yo por acostarme una vez con él y porque me pidiera que usara su nombre de pila o me diera un beso en la frente no es que estuviera esperando que me pidiera matrimonio. ¡Que no era tan idiota!

Bueno... Mi cabeza sí porque a ella le gustaba soñar con imposibles, pero sabía que solo era eso.

Pero lo que tampoco merecía es que después de todo, me tratara de esa manera. Por eso estaba soltera, porque no entendía a los hombres.

Y por eso estaba soltero él. Porque si a todas las hacía lo mismo... Normal que no duraran más de lo que es un polvo o dos y que después lo mandaran a la mierda y él fuera a por otra, para buscar de nuevo lo mismo, convirtiéndolo en el hombre que la prensa del corazón conocía muy bien.

Y yo, por idiota, pensando que podía ser diferente...

En fin, seguía siendo una ingenua soñadora.

Salimos de las oficinas y nos montamos en el coche para volver a casa. Roberto me miraba por el espejo retrovisor y, de vez en cuando, me guiñaba un ojo. Sabía que todos especulaban sobre lo que me ocurría, pero ninguno se atrevía a decir nada e intentaban darme apoyo de cualquier manera, lo cual agradecía.

Llegamos a la casa y deseando irme a mi habitación para tumbarme en la cama, dormirme y marcharme de allí nada más levantarme a la mañana siguiente, ni cuenta me di de quién lo estaba esperando.

Y cuando la vi allí, tampoco pude imaginar que ella sería solo el comienzo de otro gran dolor de cabeza para mí...

Capítulo 6



Cuando entramos en la casa, avisaron a mi jefe de que había alguien en su despacho, su ex.

La verdad es que era una mujer preciosa, con rasgos africanos, toda una belleza altísima y con un cuerpazo. Pero sus ojos no mostraban nada bueno.

La cara de mi jefe decía lo poco que le agradaba su visita y yo tardé milésimas de segundos en irme casi corriendo a la cocina para tomarme un té caliente. Habíamos cenado antes de volver, así que ya no tenía que verlo más hasta el lunes, porque me iría, como siempre, la mañana siguiente bien temprano para mi casa.

Cuando entré en la cocina, todos estaban cuchicheando. Me senté a la mesa cuando me preparé la infusión e intenté hacer oídos sordos...

Vale, es mentira, intenté enterarme de lo que hablaban pero sin entrar en la conversación y fingiendo que no me importaba un pepino.

—Siempre que viene, es para ponerlo de mal humor —decía una de las gemelas. Tantas semanas allí y yo aún no había logrado saber quién era quién.

—Como si necesitara mucho para ponerse de mal humor, su cara siempre está como si estuviera de mala hostia —la contradijo la otra.

—No os metáis en lo que no os interesa —intentaba cortar Roberto, pero le servía de poco, nadie le hacía caso.

—Vendrá, como siempre, a atosigarlo con el tema de los negocios. Esa mujer es una víbora —suspiró Silvio.

—Pero si no la conociste, cuando llegaste ya ellos no estaban juntos —resopló Roberto.

—Tampoco hace falta, estas dos —señaló a las gemelas— me han contado todo, con pelos y señales.

Roberto puso los ojos en blanco y yo sonreí un poco, sus hijas eran un par de chismosas, pero muy graciosas. Me las imaginaba en reuniones de cuchicheos con el jardinero mientras les contaban todos los secretos del jefe y de su casa. Y con lo exageradas que eran también...

Porque mi jefe no era como ellas decían. No era ese hombre tan serio, al menos conmigo no. Pero claro, compartíamos... O mejor dicho, habíamos compartido más tiempo al ser su asistente personal y no lo veía como ellas. Conocía su humor. Y sus sonrisas...

Ay, Dios, esas sonrisas...

Joder, Alicia, no te vayas por ahí que mira cómo acabaste, me recliné a mí misma.

—No me gustó esa mujer nunca y me sigue sin gustar —suspiró Camila—. Y ya no es solo cómo es ella, es cómo le afecta a él. La quiso mucho, aunque la gente no lo crea. Pero el engaño destruyó todo.

—Por lo que sé —intervine sin poder evitarlo—, las engaña a todas, no es un hombre de relaciones.

—No es así —negó Camila rápidamente—. Él no fue quien la engañó, fue ella, se la encontró liada con su asistente. Desde entonces... Se convirtió en lo que la gente cree, en un picaflor.

No me podía creer lo que me estaba diciendo.

—Pero lo que se dijo en televisión...

—Mentiras, Alicia. Además, él siempre prefirió quedar como el malo a que la gente supiera que era el hombre engañado. No te miento, lo sé bien porque fue en esta casa donde se la encontró y desde entonces él no tiene asistente personal. Al final Carlos, saturado de trabajo porque todo recaía sobre él, logró convencerlo para que buscara otro y por eso estás tú aquí.

—¿Entonces esa fama de mujeriego? —pregunté, mi mente no dejaba de darle vuelta a las cosas.

—Ah, no, eso lo es —bufó una de las gemelas.

—Sí, pero es como si con ello aliviara algo del daño que le hicieron —suspiró la otra.

—No entiendo... —y de verdad que no entendía nada. Creía conocerlo algo y resulta que no conocía nada de él.

Pero ahora entendía algunas cosas. Por eso su insistencia en la lealtad. De ahí su necesidad de confiar y de que le devolvieran esa confianza.

Quería saber más, quería saberlo todo, pero los gritos que escuchamos me hicieron permanecer en silencio. Camila se santiguó y miró al cielo.

—Por Dios, ¿es que esa mujer no va a desaparecer nunca de su vida, diosito?

Las gemelas y Silvio se levantaron, los gritos se oían cada vez más cerca. Escondidos tras la puerta de la cocina, escuchaban con atención.

Yo no sabía qué hacer, ni qué decir.

—Vete, Regina y no vuelvas más.

—Volveré mientras no me des la empresa —gritaba ella con furia.

—No te daré nada que no es tuyo, ¿acaso no lo entiendes?

—Lo harás, porque no pienso dejarte en paz hasta que lo hagas. Te voy a hacer la vida imposible, en los negocios y en la televisión.

—Haz lo que quieras, pero recuerda que puedes ser tú la que termine con la mierda en el cuello. No sé qué pensaría tu padre si supiera la verdad del porqué de la ruptura de nuestro compromiso.

—No serías capaz —gritó tras reír como una hiena, las de El Rey León no lo hacían tan bien—. Primero porque quedarías como un calzonazos, un cornudo, un hombre que no sirve y que por ello sus parejas necesitan buscar algo más. De ahí que estés con unas y con otras. Y segundo... Porque te juro que te puedo destruir, Emmanuel, sabes que tengo cosas que...

—Si es así, ¡entonces hazlo! —gritó esta vez él, perdiendo el control— No tienes una mierda, si así fuera, lo habrías hecho ya. No tienes nada contra mí y aunque fuera así, tampoco me daría miedo. Haz lo que te salga de tus ovarios, Regina, pero ¡déjame en paz de una puta vez! ¡Me das asco!

—Dos semanas tienes para cederle todo a mi padre, Emmanuel o atente a las consecuencias.

—Dos semanas en las que estaré temblando —dijo este con ironía. Los chicos y yo ya estábamos casi en el hall de la casa para escuchar mejor. Mi jefe había abierto la puerta—. ¡Que te largues! Y no se te ocurra volver más.

—Lo haré el día que firmes la cesión de todo —dijo ella, altanera.

Y con la cabeza en alto, salió de la casa. El señor Benson cerró la puerta con fuerza y después apoyó su frente en ella, suspirando. Cuando se giró, todos nos movimos para que no nos viera.

—Tiene prohibida la entrada a esta casa, ¡espero que haya quedado claro! —gritó, sin mirarnos pero sabiendo, de más, que estábamos por allí. Se marchó hacia su despacho y escuchamos cómo cerraba de un portazo.

—Esta mujer solo trae problemas... Solo problemas... —suspiraba la señora Camila cuando volvimos a sentarnos a la mesa.

—¿Lo dejará algún día en paz? —preguntó Roberto, aunque su tono decía que no era una pregunta, sino que más bien ahí estaba incluida la respuesta negativa.

Me quedé en silencio, como los demás. La tensión por lo que había pasado se notaba en el ambiente. Nada más terminar mi té, me despedí de mis compañeros y me fui a la cama. Tomé un baño mientras mi mente pensaba y pensaba y cuando me tumbé en la cama y cerré los ojos, las preguntas seguían en mi mente.

Era un shock para mí el saber que ese hombre con el que había pasado una noche maravillosa no era como siempre había creído. No era lo que los medios

de comunicación mostraban. Sería un picaflor y un mujeriego, sí, pero ¿sería posible que fuera su escudo? ¿O su liberación? Una forma de ahuyentar el dolor del engaño que había sufrido en sus propias carnes.

Si era así, tenía que haberla querido mucho para llegar a comportarse de esa manera y pedir, como grito de ayuda, poder confiar en la gente.

Todo lo que me habían contado me hacían verlo de una forma diferente, aunque era cierto que eso no cambiaba el hecho de lo mal que se había comportado conmigo tras nuestra noche juntos.

Yo no tenía la culpa de nada y no todas éramos iguales. Pero claro, eso había que demostrárselo. ¿Y me importaba él lo suficiente como para tomarme ese trabajo? ¿Tenía que ser yo quien le enseñara que no todas éramos como ella?

Entre nosotros no había nada, ¿me tenía que tomar la molestia para que al final fuera otra quien ganara su corazón? ¿O para que siguiera amando a quien lo engañó? Porque él aún sentía algo por ella, sino fuera así, no actuaría como lo hacía, las cosas no le dolerían tanto.

Me levanté de la cama, me puse la bata y me fui a dar un paseo por el jardín. El tiempo acompañaba, la luna estaba preciosa y en esa casa pocos momentos había tenido para disfrutar de las estrellas. Como hice en su casa de Londres. Como hice la noche que caí en sus brazos.

Ese jardín era aún más espectacular que el otro. En la parte trasera, había una pequeña cabaña, estaba iluminada. Dudé en si acercarme o no, ¿quién podía estar ahí? Que supiera, todos los empleados dormían dentro de la casa.

Miré por una de las ventanas pero no veía nada. Iba a irme cuando la puerta se abrió.

—Alicia...

Mierda, era el señor Benson.

—Lo siento, no sabía que estaba aquí. Que pase una buena noche —me di la vuelta para irme.

—No te vayas... —me sonó a ruego, me giré y lo miré. Después de lo frío que había estado conmigo, otra vez volvía a ser ¿amable?— ¿Te apetece una copa? No quiero tomar solo.

Me quedé observándolo, no sabía si había bebido ya, pero borracho no estaba, eso se notaba. Dudé. No quería entrar porque me iba a costar mucho estar cerca de él sin trabajo de por medio. Aún estaba dolida por su actitud, además, y ¿qué quería ahora? ¿Hablar como si nada hubiera pasado entre nosotros?

—Yo...

—Solo compañía, por favor... —volvía a sonar como un ruego, aunque yo sabía que era más una orden que otra cosa.

Afirmé con la cabeza tras unos instantes más de duda y entré. Cerró la

puerta a mi espalda y lo seguí hasta sentarme en el sofá del salón.

—Nunca había visto este lugar. Bueno, en verdad aún no conozco muy bien la casa —intenté no sentirme incómoda, pero lo estaba. No sabía si actuar con normalidad o cómo hacerlo.

—Es como mi refugio dentro de mi propia casa —sirvió dos copas que preparó con cariño, adornada con su ramita de canela y una especie de uva blanca y me dio una—. A veces, cuando me ahogo, vengo aquí. Eso en tus reglas sería la número dos, si mal no recuerdo —sonrió.

—Eso mismo —dije... Pero yo no recordaba ya las reglas que le había explicado. Solo recordaba la regla número cuatro y como para no hacerlo después de la impresionante sesión de sexo que tuvimos...

Me puse roja con solo recordarlo, así que le quité la canela a la copa y me bebí el líquido de un sorbo, tosi hasta casi ahogarme.

—Soy yo el que quiere emborracharse, no tú —rio mientras me daba golpecitos en la espalda.

Bueno, eso tampoco era así del todo, porque os puedo prometer que en ese momento, teniéndolo tan cerca y con los recuerdos bien calientes en mi mente, igual de calientes que mi garganta por el líquido que me quemaba y que otras zonas de mi cuerpo que no voy a explicar en este momento... Yo, seguramente, necesitaba más alcohol que él.

—Así que es su refugio —tenía que cambiar de tema, todo menos llegar a lo que no debíamos, no podía caer otra vez en lo mismo que después era yo quien lo pasaba mal.

—Sí... Aquí desconecto de todo. O, si quiero romper algo, puedo hacerlo sin que toda la casa se entere —sonrió con picardía.

—Aquí puede hacer ruido con lo que sea, nadie se enteraría, sí...

Mierda, por la mirada que me echó supe que se había llevado el comentario por donde no era, si es que a veces era para ponerme un bozal.

—¿Y tú? ¿Otra noche sin dormir?

—Me costó un poco... —no iba a explicarle más.

—¿Te sientes incómoda en la casa? —preguntó preocupado.

—No —negué rápidamente con la cabeza—. Es solo que mi mayor defecto me suele crear insomnio.

—¿Y qué defecto es ese? —rellenó las copas de nuevo, la mía como la anterior. Él, esa vez, algo diferente. Se apoyó cómodamente en el sofá, a mi lado, mirándome con curiosidad, como había hecho esa vez en su despacho.

—Pensar demasiado.

—Uf, eso es un gran problema, sufro de lo mismo.

—Sí. A veces me dan ganas de tener una pastillita mágica que te puedas

tomar para que tu mente se quede en blanco. Solo escuchando, mirando, sintiendo. Lo que sea, pero que no piense —se notaba que el alcohol se me subía rápido y me hacía hablar de más—. Lo siento, hablo demasiado.

—¿Por qué siempre te disculpas?

Esa pregunta me pilló por sorpresa.

—Bueno... —suspiré— A veces sobrepaso los límites y hablo de más, supongo que me sale natural el disculparme.

—No creo que sobrepases nada ni que hables de más. Es más, me gusta escucharte —sonrió.

—Dice eso porque no me escucha a diario —reí—. Mi madre, más de una vez, me tapó la boca para que dejara de hablar. Sobre todo porque nada de lo que decía tenía sentido.

El señor Benson se me quedó mirando fijamente unos segundos. Se levantó del sofá y me ofreció la mano.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Dudé en tocarlo o no, al final lo hice y volvió a recorrerme ese escalofrío. Por su sonrisa, sabía que volvió a notar también cómo mi cuerpo reaccionaba por su contacto.

Lo seguí por unas escaleras que nos llevaban a la planta de arriba. Iba con el ceño fruncido, me había parecido que la cabaña solo tenía una planta, así que no me imaginé que hubiera algo más.

Salimos a una especie de azotea desde donde se veían las estrellas. Me quedé parada, alucinada, pero tiró de mí hasta una hamaca que había allí.

—Tumbate —me ofreció.

Lo hice y miré al cielo.

—Vaya... —eso era impresionante, se veía un cielo precioso.

Él se tumbó a mi lado, en silencio, mirando al cielo. Y nos quedamos así un buen rato.

—Gracias —dijo un rato después.

—¿Gracias? —pregunté, sin entender, mirando a mi lado, él estaba mirándome también.

—Vine aquí queriendo destruir cosas, con ganas de emborracharme y olvidar. Gracias por aparecer y ayudar a relajarme.

—No tiene que agradecerme nada...

—No estamos en horario de trabajo, Alicia, deja el hablarme de usted para esos momentos —sonrió.

No, eso no me lo podía pedir. No porque entonces serían mis recuerdos los que se desatarían y yo quien necesitaría romper cosas para no mostrarle todo lo que sentía y cómo me había dolido su actitud conmigo.

—Es mejor mantener una actitud profesional en todo momento —carraspeé.

—¿Mejor para quién? —frunció el ceño.

—Para los dos —¿es que acaso no era evidente? Pues al parecer no por la cara que puso.

—Estás enfadada conmigo —sentenció.

—No —dije rápidamente y era verdad, no lo estaba.

—¿Molesta?

—No tengo razón para ello.

—Sí la tienes, Alicia... —suspiró— Me he comportado como un capullo desde esa noche en mi casa de Londres. Lo siento... No sabía cómo actuar.

—Esa noche ya está en el olvido —mentir—. Mientras no perjudique al trabajo, todo estará bien —sonreí, intentando sonar convincente. Porque esa noche jamás estaría en el olvido para mí.

—¿Me estás diciendo que olvidaste lo que ocurrió entre nosotros? —sonaba entre alucinado, incrédulo y puedo decir que un poco divertido. Y era lo de divertido lo que me daba más miedo, porque sabía que iba a jugar...

—Bueno... No... Pero es mejor olvidarlo —tartamudeé, volví a mirar al cielo, pero él giró mi cara con su mano para que volviera a mirarlo a los ojos.

—Yo llevo desde ese día recordando cada instante que estuve contigo...

Vamos a parar aquí un momento... Porque a ver. Podía ser cierto. Claro que sí (ironía). Por eso mismo se había comportado con tanta frialdad.

—No necesitas hacer eso... —dije molesta y tuteándolo.

—¿Hacer qué? —me miraba los labios mientras acariciaba mi mejilla.

—Comportarte como un Casanova. No tienes que seducirme.

—¿Eso quiere decir que estás a mi disposición sin tener que ganármelo? —otra vez ese tono divertido que en otro momento me habría hecho gracia, pero ahí me estaba tocando bastante los ovarios.

—No. Quiero decir que tienes una larga lista de mujeres con las que desahogarte o hacer lo que te plazca. No tengo que ser yo —estaba seria y me daba igual si en ese momento me mandaba a la mierda y perdía el trabajo, porque antes estaba mi corazón y yo sabía que otro contacto físico con él no iba a ser nada bueno para mí.

—No quiero a otra, Alicia, te quiero a ti —sentenció, mirándome fijamente.

Acercó sus labios a los míos, un simple roce que encendió mi débil cuerpo. Con él cerca me sentía así, de esa forma me afectaba su contacto.

—No lo hagas... —casi le rogué.

Un beso más, esta vez más largo, dulce... De esos que te hacen imaginar que la persona que te lo está dando siente algo por ti. Aunque yo sabía demás que no era el caso. Era otro simple momento de seducción.

—¿De verdad quieres que pare? —preguntó con voz ronca antes de besarme de nuevo, esa vez más carnal, más sexual, más...— Vete si es así —dijo separándose de mí, dejando la decisión en mis manos.

Qué fácil habría sido, ¿no? Levantarme y dejarlo allí solo, sabiendo que si me quedaba, mi corazón y mi cordura mental correrían peligro, además de mi trabajo. Porque tener sexo una vez podía ser esporádico, pero ese nivel ya era otra cosa. Sobre todo por la confianza. Sobre todo por los sentimientos que afloraban en mí.

No pude hacerlo, podéis pensar que fui idiota, pero no pude mover un ápice mi cuerpo. Solo pude quedarme mirando esos ojos que tanto me quemaban. Solo pude mentirme a mí misma pensando que tal vez sí era como decía, que solo era yo a quien quería en esos momentos cerca y que eso era bueno.

—Alicia... —suspiró, un modo de preguntarme, indirectamente, qué pensaba hacer. Una manera de "rogarme" que me quedara con él.

Y no pude negarme, no pude hacerlo.

—No puedo irme —dije mortificada, sabiendo que no estaba tomando la mejor decisión.

—Me alegra —dijo con una sonrisa enorme en su rostro antes de abalanzarse para devorar mi boca.

Y no tendría palabras para describir lo que viví en ese momento. La intensidad de las emociones mientras nuestros cuerpos se unían en uno solo. Todo fue más intenso que la primera vez. Y maldito fuera, yo sabía muy bien por qué.

Cuando llegamos al éxtasis, nos quedamos un buen rato allí, desnudos, en silencio y mirando las estrellas. Hasta que me levanté, me vestí y él hizo lo mismo.

Me acompañó a mi dormitorio y me dio un beso antes de marcharse.

—Buenas noches, Alicia.

—Buenas noches, Emmanuel —usé su nombre, provocándole una gran sonrisa de satisfacción.

Me tumbé en mi cama y suspiré. Había metido la pata hasta el fondo, había caído de nuevo en lo mismo y si él volvía a comportarse como si nada hubiera tenido importancia... Iba a sufrir. Y mucho.

Porque yo me había enamorado de ese hombre.

Capítulo 7



A la mañana siguiente tardé poco en irme a casa. Estaba agobiada, necesitaba pensar y lejos de esa casa. Lejos de él...

Ana me llamó para venir a comer y aunque intenté negarme, no aceptó un no por respuesta.

—Sabía que te pasaba algo —dijo nada más que le abrí la puerta.

—¿De qué hablas? —fruncí el ceño.

—Llevas días evitando hablar conmigo y por la cara que tienes, está claro que algo te pasa.

Cerré la puerta y la seguí hasta la cocina, sirvió dos copas de vino y tras ofrecerme una, nos sentamos en el sofá del salón.

—Venga, ya puedes ir contándome...

—No sé qué quieres que te cuente.

—Qué es lo que te pasa, te atormenta, te perturba... —me tuve que reír, parecía Esperanza Gracia con el tarot.

—Nada. Es mucho trabajo y termino agotada. Por lo demás... —me encogí de hombros, pero conociéndola sabía que no iba a ser suficiente porque me conocía demasiado bien.

—Alicia, a ver si lo entiendes... Yo no trabajo hasta mañana, tú tampoco. Es decir, que si me tengo que pasar el día aquí dándote el coñazo y desesperándote hasta que por fin me sueltes qué es lo que está ocurriendo... —dejó la copa de vino en la mesa pequeña, se apoyó cómodamente en el sofá y me miró— Pues lo haré —se encogió de hombros.

Tuve que poner los ojos en blanco, sabía que a terca no le ganaba nadie. Creo que ni el señor Benson, que ya era mucho decir.

—Me he acostado con mi jefe —ea, ya estaba, la bomba soltada, y por si fuera poco...— Y no una, sino dos veces.

Ana ni pestañeaba, se había quedado como congelada. Pasé mi mano, moviéndola de arriba abajo por delante de su cara, pero nada. Ay, Dios, que le había dado algo. Iba a ponerme histérica cuando, por fin, cogió aire para hablar.

—¡Si es que lo sabía! —gritó a todo pulmón— Me cago en mi vida, si es que estaba segura de eso. Y creías que yo era tonta o que me podrías ocultar algo así por mucho tiempo... Já. Una mierda para ti, ¡ya me lo puedes contar todo!

Eso lo sabía y conociéndola, porque no le había contado nada de nada, más me valí comenzar por el principio. Y eso es precisamente lo que hice.

—Si es que con ese tío se le caen las bragas a cualquiera —suspiró cuando terminé con mi relato de los hechos.

—¿Pero tú me estás escuchando?

—Claro que sí, no me he perdido ningún detalle —afirmó con la cabeza.

—Entonces... ¿Podemos ir al problema en cuestión?

—¿Cuál es el problema? Tirarte a tu jefe no lo es, y menos cuando tu jefe es ese jefe —pestañeó como enamorada—. Y tú sabes de qué palo cojea y... Oh, mierda —abrió los ojos como platos cuando por fin llegó a la conclusión—. No me lo digas, por favor, dime todo menos eso —gimió.

—No diré nada...

—No, ni falta que hace, si es que no sé cómo no lo vi antes. Por tu maldita culpa que estaba tan metida en los detalles que se me pasó.

—Si ahora será mi culpa.

—Y tanto que es tu culpa. Vamos, no me jodas, ¡que te has enamorado de tu jefe! No, espera —me cortó cuando fui a hablar— El problema, en realidad, no es que te hayas enamorado de tu jefe, porque te recuerdo que yo me enamoré del mío, ya sabes, el dueño del bar aquel...

—Sí lo recuerdo, cómo para no —bufé, recordando cómo se había enamorado de un capullo, porque era un capullo de primera y, además, casado.

—Pero lo quise mucho, las cosas como son, lo que pasa es que...

—Ana —resoplé—. Ese no es el tema.

La tuve que cortar porque si no lo hacía, me darían las tres de la mañana escuchando, como tantas otras veces, su historia de amor imposible y romántica. Ella jamás reconocería que jugó con ella y nada más.

—Verdad, que me pierdo —suspiró—. Joder, Alicia, que el problema no es que te hayas enamorado de tu jefe —volvió a retomar la frase—. El problema es ¿quién es ese jefe!

—No es como lo pintan.

—Nooooo... Claro que no. Es un corderito caído del cielo. Pues bien que se comportó como un bloque de hielo después de follar, ¿verdad?

—No me refiero a eso. Sé de más a lo que me arriesgaba y lo que él quería y buscaba y lo hice. Pero que no es como lo pintan, es...

—Es mejor, ¿verdad? Es un hombre dañado al que hay que cuidar. Eres tú la que irá en el caballo blanco a salvarlo y el largo etcétera.

—¿Nos podemos ahorrar la ironía? Porque joder, de verdad que no sé qué hacer.

Mi amiga me miró compasiva.

—Olvidarlo, Alicia. Porque un hombre así no es para estar con una sola mujer. Sé que no se pueden detener los sentimientos, te has enamorado y nos es tu culpa. Lo entiendo además, me habría pasado lo mismo. Pero eres una mujer sensata, sabes lo que hay.

—Lo sé...

Lo sabía, ella tenía razón. Con él solo era sexo, nada más que eso y debía tenerlo claro. Tenía que proteger mi corazón y no sufrir por falsas esperanzas que yo sola me inventaba.

Por más pasado que tuviera, él era lo que era, un picaflor, un mujeriego y eso no lo iba a cambiar nadie.

—No sé qué hacer —suspiré, frustrada, perdida...

—Sé que esto te va a costar porque te conozco, pero intenta mirarlo solo como a tu jefe. Intenta no caer de nuevo. Porque como sigas albergando esperanzas de que hay alguna posibilidad para vosotros dos, vas a sufrir. O eso, o dejas el trabajo ya y te quitas de en medio.

—No voy a dejar mi trabajo por eso, sé lo que hay, tal vez solo es un encaprichamiento rápido y se me pasa pronto.

—Eso espero, Alicia, porque no quiero verte pasarlo mal por esto.

Sonreí, tranquilizándola y agradeciéndole que se preocupara por mí.

El problema en todo eso era que yo, quisiera ya o no, lo estaba pasando mal porque me había enamorado de ese hombre.

Tenerlo cerca, aun sabiendo con certeza qué era lo que él buscaba en mí y que todo lo que me decía no era más que un juego para estar conmigo, me dolía. Porque todo lo que yo le mostré las dos veces que estuvimos juntos, todo lo que yo sentí era real.

Mi error fue caer la primera vez. Y la segunda, pero no habría una tercera.

Iba a poner límites entre nosotros. Iba a mirarlo solo como lo que era, mi jefe. Y cualquier intento de acercamiento por su parte... En ese momento me quitaría rápidamente de en medio.

Pasé el día con mi amiga y aunque intenté no hablar más del tema, ella no dejaba de darle vueltas y de darme consejos.

Consejos que yo me pasaría después por el arco del triunfo, para ser educada.

Ya por la noche, en mi cama y pensando sola y relajada las cosas, llegué a la misma conclusión. Me mantendría alejada de él, mantendría las distancias.

Era mi jefe y por más que sintiera por él, no iba a arriesgar mi trabajo.

Joder, el trabajo no me importaba, no iba a arriesgar mi corazón.

Entre nosotros lo ocurrido ya era pasado. No volvería a pasar. Así que sacaría a la Alicia profesional que llevaba dentro y demostraría que las emociones no podrían controlarme.

Llegaría a esa casa y sería profesional, porque podía hacerlo.

Y al señor Benson... Solo lo vería como lo que era. Mi jefe.

Capítulo 8



Seis horas me había durado mi decisión...

Y es que cuando llegué a esa casa y entré en ese despacho para avisar de mi llegada y desayunar con él, toda mi seguridad se vino al traste cuando él se acercó a mí y me besó como si no existiera un mañana.

—Buenos días —dijo tras separar nuestros labios.

—Buenos días, señor Benson —medio tartamudeé, joder, eso sí que era empezar bien el día. Y eso así que era mandar al traste toda mi determinación.

Puse los ojos en blanco mentalmente, tenía que cortar eso ya. Que eso no era una relación, ¿verdad? Y yo no estaba para juegos ni para que me hirieran más. Así que lo mejor era decirle, de una vez por todas, que entre nosotros no podía ocurrir nada más.

—Hoy estoy en el grado cinco —sonrió él.

—¿Grado cinco? —mierda, ya me había descolocado otra vez.

—De los cuatro grados de estrés, yo añadí el número cinco —de muy buen humor estaba, al parecer.

—Ah... ¿Y cuál es el cinco? —no me acordaba de los que me había inventado yo, iba a imaginar uno que se había inventado él.

No me respondió, se alejó de mí y fue hacia la puerta, echó el pestillo y se acercó a mí lentamente.

—Esto... Verá, señor Benson, hay algo de lo que tenemos que hablar —caminé hacia atrás lentamente, a ver cómo salía de esa.

—Lo haremos más tarde, ahora necesito el grado cinco.

—¿Pero qué es el grado cinco? —a ese hombre no había quien lo entendiera.

—Uno muy fácil —mierda, topé con el escritorio, no podía moverme más, solo salir corriendo por un lado, pero él ya me había atrapado, su cuerpo pegado al mío, sus manos apoyadas en la mesa, a cada lado de mis caderas, o forcejeaba o no saldría.

—No sé yo... —por lo de fácil, a eso me refería.

—Lo es —sonrió—. Es el grado en el que es lunes, empieza la semana y hay

que hacerlo de buen humor.

—Entiendo... —no entendía una mierda— Ya está de buen humor, no necesita más.

—Lo primero que necesito es que dejes de hablarme de usted mientras estemos solos —suspiró, irritado.

—Es que no es productor...

—Alicia... —el fastidio en la voz para decirme que era una orden.

—Bien... Emmanuel, cuando quieras, empezamos.

—Cuando consiga lo que quiero —sonrió pícaramente.

—¿Y qué es lo que quieres? —me daba miedo preguntar, pero es que tenía que hacerlo.

—A ti.

Y con esas dos palabras dichas de manera tan segura, se abalanzó sobre mi boca, devorándome.

Yo tenía que irme, de verdad que sabía que tenía que hacerlo, pero el deseo que sentía por él era mayor que todo lo demás. Era como si mi mente se hubiera quedado en standby y mi cuerpo hubiera tomado el control, cediendo a cada beso, a cada caricia...

Desbrochó mi camisa y bajó mi sujetador, dejando libres mis pechos. Tras cogerme por la cintura, me sentó en el escritorio y lamió mis pechos.

Mierda... Se sentía tan bien.

Ya solo pude gemir, mover mis caderas para pedir rozarme con su erección cuando se colocó bien entre mis piernas abiertas. Gracias a Dios, la tortura de los juegos previos no duró mucho y poco después estaba dentro de mí, penetrándome con fuerza, agarrando mis caderas hasta clavarme sus dedos mientras entraba y salía sin pausa. Duro. Fuerte. Carnal...

Terminé y me dejé caer en el escritorio, tumbada, muriendo de placer.

Cuando me ayudó a levantarme, sonrió con satisfacción.

—Creo que el grado cinco puede tener algunos matices.

—¿Qué matices? —pregunté suspicaz, no me fiaba ni un pelo.

—Que en vez de decir que es para comenzar bien la semana, debería ser para comenzar bien el día —me guiñó un ojo.

Oh, Dios... ¡Que yo no podía permitir eso!

Pero claro, una cosa era pensarlo y saber lo que debía o tenía que hacer y otra muy distinta era hacerlo. Y se me fue de las manos. Ya os lo podéis imaginar.

Todas las mañanas, cuando entraba en su despacho antes de desayunar, la pasión se hacía cargo de nosotros. Y me sentía bien, no voy a mentir. Me hacía sentir deseada. Me hacía sentir la única. Era conmigo con quien tenía que estar y

quizás eso era bueno, ¿no? Tal vez mis pensamientos de que yo no era nadie importante o diferente estuvieran equivocados.

Tal vez, yo sí podía salvar a ese alma herida y conseguir que sintiera algo por mí.

Pero esa ilusión me duró poco. Como era normal... Eso me pasaba por imaginar de más.

Llegó el sábado y las cosas cambiaron. Volvieron a como eran realmente. Llamé, como siempre a la puerta del despacho de mi jefe y claro, no podía evitar ir con la idea de lo que iba a pasar. Lo que venía ocurriendo toda la semana. Entré cuando dijo "Pase" y si yo llevaba una sonrisa en mi rostro, rápidamente se me quitó al ver a una preciosidad rubia sentada frente a él. Con un vestido tan ajustado y corto que podía decir el color de su ropa interior. Era explosiva, eso seguro.

—Buenos días —dije profesionalmente.

—Buenos días, Alicia. Hoy tengo cosas importantes que hacer, así que he pensado en que te tomes el día libre —dijo mi jefe con seriedad, mirando unos papeles y sin prestarme demasiada atención.

—¿El día libre?

—Eso te ha dicho —sonrió la rubia explosiva que por su tono ya me caía como una patada en el estómago—. Manu y yo tenemos planes.

¿Manu? Manu es de Manolo, pedazo de ceporra. Eso quise decirle, pero era mejor que me callara y me aguantara las ganas de vomitar que me habían entrado.

Me quedé allí parada, sin saber qué decir exactamente. Podía entender, perfectamente, cuáles eran los planes de esos dos, qué eran esas cosas tan importantes que tenían que hacer, se notaba en el ambiente. Y sí, mierda, estaba celosa. Aunque no tuviera derecho, yo le había seguido el juego a mi jefe, sabiendo que solo era eso, un juego, sexo. Nada más. No éramos nada más.

—Has trabajado demasiado, necesitas un descanso, ya nos vemos el lunes —en esa ocasión sí me miró. Y en sus ojos vi la frialdad de la primera vez que estuvo conmigo. Se me heló el alma. ¿Cómo se podía ser así?

—Que pasen un buen fin de semana —dije lo mejor que pude, agradecida de que no me temblara la voz, me fui de allí y comencé a temblar por la rabia que tenía por no haberle podido decir todo lo que pensaba en ese momento.

Y la sonrisa de la rubia lo decía todo. Entre mujeres hay cosas que no necesitamos decirnos, que solo con mirarnos, nos entendemos. Y ambas sabíamos cuál iba a ser la ocupación del señor Benson con esa señorita ese fin de semana.

Salí de allí, queriendo correr.

—Ay, mi niña, ¿qué te pasa? —preguntó Camila cuando me vio entrar en la cocina.

—Nada, que tengo el día libre —dije de mal humor.

—Está con esa, ¿no?

Camila era sabia, sí, y nada tonta.

—Parece que estará muy ocupado todo el fin de semana, sí —se me revolvía el estómago con solo pensar que lo iba a pasar con otra mujer. No es que tuviera que hacerlo conmigo, pero joder, dolía que fuera con otra.

—¿Quieres que te prepare algo? Estás muy pálida...

—No... Solo vine por agua y me voy a recoger mis cosas para irme a casa. Tengo mucho que hacer allí.

—Mi niña, espera. Es mejor que te quedes un rato y...

—Camila... De verdad, prefiero irme a casa. Así aprovecho y limpio que falta le hace —intenté sonreír, para que creyera que estaba bien, pero ni me salió ni me creería si lo hubiera logrado.

—Las cosas no suelen ser siempre como las imaginamos, Alicia.

—Yo no imagino nada ni tengo nada que ver. Solo que mi semana tiene dos días libres, a disfrutar —le di un beso en la mejilla y me fui a mi dormitorio. Preparé mi bolso y, sin nada más, me marché a mi casa mientras las lágrimas caían por mis mejillas. Tuve que pararme un par de veces en el arcén porque no veía bien, hasta calmarme y seguir conduciendo. Cuando llegué a casa, me dejé caer en el sofá y así pasé el día, con una pena que no podía soportar.

El domingo llamaron al timbre temprano. Apenas había dormido esa noche, así que cuando lo hice, ya estaba amaneciendo. Me levanté del sofá con una mala leche impresionante.

—A ver quién demonios es ahora —farfullé, cagándome en todo y, para colmo, no vi el mueble de la entrada y me golpeé la rodilla, si es que no se podía tener más mal despertar que el mío. Mierda, ¡qué dolor!— Me cago en mi puta estampa —gruñí mientras abría la puerta.

—Yo también me alegro de verte —resopló Ana—. Joder, Alicia, estás hecha una mierda —entró en casa, traía algo en la mano pero ni tiempo me dio a ver qué. La seguí, como siempre era ritual con ella, hasta la cocina. Esta vez se puso a preparar el café.

—¿Son dulces? —pregunté mirando la bandeja envuelta.

—Sí, los que te gustan. Pero vamos, que si lo llego a saber traigo más, porque terapia de azúcar necesitas. ¿Se puede saber qué mierda te pasa?

—Mejor no preguntes... —me senté a la mesa de la cocina y esperé a que sirviera el café. Mientras, abrí el envase de la bandeja y cogí una milhoja, me volvían loca.

—Tampoco es que haga falta, te has acostado con tu jefe de nuevo, ¿no?
—me dejó la taza delante y tomó asiento frente a mí.

—Cada día —gemí.

—Así me gusta, ir con las ideas claras y llevarlas a cabo —torció el gesto.

—Iba con las ideas claras, pero es que...

—Es que es normal, es ese hombre... —suspiró— Si yo te entiendo, pero mira cómo estás ahora, hecha una mierda impresionante.

—Gracias por el piropo.

—De nada —se encogió de hombros, le importaba bien poco si me gustaba lo que decía o no—. Bueno, no creo que estés así por el buen sexo, así que cuéntame qué pasó.

—Me dio el día libre ayer.

—¿Y tienes el drama por no poder follar con él?

—Si esperaras a que terminara antes de cortarme y sacar tus conclusiones —dije con la boca llena que ni yo me entendía... Tragué y la miré— Que me dejes hablar, coño.

—Tranquila —dijo calmándome, como si fuera un animal salvaje a punto de atacarla—. Anda, toma, coge otro.

—No quiero otro —refunfuñé mientras cogía uno de chocolate y empezaba a comer—. Me echó porque tenía visita.

—¿Visita? —le dio un mordisco a su pastel, masticó y abrió los ojos como platos— ¿Esa visita?

—Sí, visita de esa visita —me iban a entrar ganas de llorar.

—Joder... Es que no quiero reñirte, Alicia, pero es tu culpa. Sabía yo que no ibas a alejarte de ese hombre... Y así estás, hecha una mierda. Te usa para el sexo y listo. Y tú, pobre enamorada, caes. De verdad, es para darte unas buenas hostias y que espabiles.

—Soy gilipollas, lo sé...

—Sí que lo eres —dijo haciéndome resoplar, sincera era, para qué me iba a mentir—. Mira cómo estás por un mujeriego como ese, cariño... Sé lo que sientes, yo he pasado por algo así y sé que duele y, de verdad, te digo que lo mejor que puedes hacer es dejar el trabajo.

—Pero sabes que el trabajo...

—Sé que tienes que trabajar, más que nada porque te marchitas si no lo haces. Pero mejor eso a que te destrocen por completo. Y eso te está pasando con ese hombre. Tienes que alejarte, Alicia, ¿no te das cuenta?

—Quizás tienes razón...

—Claro que la tengo —dijo con superioridad—. Te has enamorado del hombre equivocado y estás sufriendo. Para él, por lo que te ha demostrado, solo

eres sexo fácil, porque no es que se lo hayas complicado mucho —resopló.

—Ya... —era cierto, pero es que con ese hombre me derretía.

—Entonces, cariño... Si no puedes con eso y acabas así... ¿Te merece la pena?

No, realmente no me la merecía. Yo no tenía por qué sufrir por verlo con nadie más. No estaba conmigo, eso lo tenía asumido. Pero joder, nos habíamos acostado cada día de esa semana y ¿de repente me echa, dándome el día libre porque está con otra?

Con otra con la que se iba a acostar, de eso no tenía ninguna duda.

Y no sería ni la primera ni la última, pero claro, como no lo había visto con mis propios ojos el tiempo que estuve allí ni tampoco había visto nada en la televisión... Fui una ingenua de primera pensando que solo estaba conmigo y que las cosas podían ser diferentes, como yo las deseaba.

Y eso era un imposible.

—Dejaré el trabajo —dije con seguridad.

No podía hacer otra cosa. Lo amaba y no podía soportar verlo con otra. Imaginar las cosas que podían estar haciendo...

Me hacía daño y tenía que dejar el trabajo para poder alejarme de él.

Del hombre que amaba, pero el hombre, que a su vez, me dañaba.

Capítulo 9



Cuando al lunes siguiente llego a la casa del señor Benson dispuesta a presentar mi renuncia, lo que me encuentro me pone más nerviosa aún. Su ex prometida está en el despacho con él.

—Buenos días, Alicia —me dijo al verme entrar—. Regina y yo tenemos unos temas que tratar. Mientras... Toma —me entregó una carpeta con documentos— Encárgate de arreglar todo, de ponerlo al día y cuando termine mi reunión con ella, te aviso y espero que esté todo listo —otra vez la frialdad en su voz.

Cogí la carpeta y me quedé mirándolo. Yo no venía a trabajar, yo venía a renunciar al empleo. Pero claro, ¿cómo hacerlo con su ex allí?

Sin mucho más que decir, afirmé con la cabeza y me giré para marcharme.

—Alicia... —me paró mi jefe— Cuando puedas dos cafés, por favor.

¿Encima? Yo es que flipaba...

Preparé los cafés, se los llevé y me marché para hacer mi trabajo. Trabajo que ya no debería de estar haciendo porque tendría que estar en mi casa, sola y desempleada de nuevo. Mierda de todo...

El día pasaba y esos dos no salían del despacho, ni para comer, el señor Benson mandó a pedir que les sirvieran la comida allí para los dos. Yo no quería ni imaginarme qué tanto hablaban... A lo mejor hacían de todo menos hablar...

Y yo allí, más aburrida que una ostra y sin poder dejar de comerme la cabeza.

—Alicia, ¿qué te pasa?

Había comido y cenado con los demás empleados, ya estaban todos en sus labores menos yo, que ya no tenía nada que hacer aparte de esperar a que la exnovia se marchara para presentar mi renuncia y marcharme de esa casa de una vez por todas.

Miré a Camila. Se secaba las manos tras fregar los platos y se sentó frente a mí.

—Nada, ¿por? —me hice la tonta, tampoco era plan de contarle mis problemas amorosos.

—¿Conoces ese dicho de "más sabe el diablo por viejo que por diablo"?

—Claro...

—Pues eso —sonrió—. ¿Qué es lo que te pasa? Estás demasiado nerviosa hoy. Si es que confías en mí para contármelo.

—No es que no confíe, es que... Solo son problemas sin importancia.

—No se tienen esas ojeras por problemas sin importancia, cariño...

—Las cosas no van bien, solo eso.

—¿Con el trabajo?

—No. El trabajo no es el problema. Me gusta, es a lo que me dedico y además lo llevo bien, os tengo a vosotros también aquí... Me habéis acogido como una más. El trabajo es lo de menos.

—Entonces es el corazón —sonrió con comprensión y por su mirada yo sabía que ella conocía más de la cuenta, quizás todo. Tonta no era.

—Estoy esperando que el señor Benson se quede solo para presentar mi renuncia —no tenía por qué ocultarlo tampoco, en un rato se iban a enterar todos y me tendría que despedir de ellos.

—¿Vas a renunciar?

—Es lo mejor...

—¿Lo mejor para quién? —no supe qué contestarle a eso, ¿para él? ¿Para mí? ¿Para los dos?— Te has enamorado de él.

—Yo... —me callé, suponía que mi cara lo decía todo.

—No corre el chisme por la casa, no te preocupes por eso. Pero yo sí vi las cosas y desde el primer día supe lo que iba a pasar.

—¿Por qué?

—Por vieja —rió—. Por sus risas, por las tuyas, por esa insistencia en comer contigo, en tenerte cerca. Y porque ese hombre enamora a cualquiera.

—Sí, supongo que sí. Vine con cuidado y al final caí —suspiré—. Me está haciendo daño y no quiero sufrir más.

—Lo que hay entre vosotros es bonito, mi niña...

—¿Lo que hay entre nosotros? Entre nosotros no hay nada, Camila. Soy yo la única tonta que se enamoró de quien no debía y ahora me toca pagar las consecuencias. De verlo con una y con otra y no lo soporto —dije con lágrimas en los ojos—. Tengo que irme, tengo que alejarme y sanar. No voy a sufrir por un hombre como él.

—Por un mujeriego, quieres decir...

—¡Exactamente! Pensé que podría dejarlo solo en lo que había, solo un entretenimiento, pero no... Me hace daño —las lágrimas corrían por mis mejillas.

—Imagino y veo cómo sufres, pero... Déjame decirte algo. Deja el trabajo, vete si lo necesitas, pero las cosas no son como crees.

—¿Qué no es como creo?

—Todo a su tiempo, cariño. Él no se ha portado bien contigo, necesita también una lección. Tú haz caso a una vieja como yo, dásela.

—No entiendo...

—Lo harás, y no tardarás mucho en hacerlo. Deja el trabajo, vete. Verás cómo todo cambia.

—Claro que cambiará, teniéndolo lejos podré olvidarlo.

—No me refiero a eso, pero ya lo entenderás —me guiñó un ojo—. Ya hace un rato que está solo en el despacho, no quise decirte nada porque necesitabas tiempo. Pero... Ve, haz lo que tienes que hacer.

—De todas formas, quiero seguir manteniendo el contacto con todos, os he cogido mucho cariño.

—Lo tendrás, cariño, más del que imaginas —rio y me hizo señas para que fuera a buscarlo.

Me levanté y lo hice. Caminé con lentitud hasta llegar a su despacho y llamé a la puerta.

—Pase.

Lo hice y ahí estaba él, con la cabeza apoyada en el respaldo de la silla de su escritorio y masajeando sus sienes.

—Señor Benson...

—Hola, Alicia —me miró y sonrió—. Cada vez que intento negociar con esta mujer, me da dolor de cabeza —suspiró—. Y al final para nada, no llegamos a ningún acuerdo —me señaló la silla frente a él para que me sentara y lo hice.

—¿Y qué es lo que quiere esta vez? —pregunté mientras me daba tiempo para soltarle la bomba.

—Lo de siempre, que le venda a un precio irrisorio mi parte de la sociedad. No va a cesar en su empeño. B & B se convirtió en una gran cadena nacional de ropa y después de lo que hubo entre nosotros... La quiere entera para ella y no tener más trato conmigo. Eso y que como sabe que es una empresa que me costó crear y por la que aposté siempre, quedársela es un triunfo para ella.

—¿Y por qué no lo hace?

La pregunta salió de mis labios antes de poder pensar en lo que estaba diciendo.

—¿Por qué no hago qué?

—Venderla, como si se la regala —de todas formas iba a dejar el trabajo, así que me daba igual si me pasaba de la raya con mis opiniones—. No sé, señor Benson, pero me parece estúpido el tema.

—¿Estúpido? —preguntó entre incrédulo y divertido.

—Sí. Y bastante además. Tiene su compañía, la suya propia. Que es una

cadena textil más importante que ninguna y lo sabe. La otra... Es como de segunda. ¿Le merecen la pena esos ingresos? ¿Tanto los necesita? Porque es el único beneficio que saca. Y yo no creo que lo necesite, la verdad.

—¿Y crees que debo regalarla?

—¿Por qué no? Si con eso se quita el dolor de cabeza de su ex... Yo lo haría —me encogí de hombros—. Se podría dedicar más tiempo a su empresa y a la que heredaré de su padre, que lo necesita más que esa sociedad.

El señor Benson se me quedó mirando, atónito.

—Ahora llega el momento en el que te disculpas por haber dicho algo así, por hablar de lo que no te incumbe... ¿No? —rio.

—Pues no —dije con seriedad, haciéndolo reír aún más y no era mi intención—. Cualquiera con dos dedos de frente no aguantaría lo que usted por una empresa que, por mucho que esté en auge, no es competencia para la suya propia. Sinceramente, todos los problemas que tiene con su ex puede solucionarlos. No lo hace por orgullo, o por ego. O por cabezonería. No lo sé... Vamos, que no lo hace porque no le da la gana.

La carcajada del señor Benson resonó en toda la casa.

—¿Qué hierba has fumado, Alicia?

—Ninguna, por desgracia, pero créame que me vendría bien para poder decirle lo que tengo que decirle...

—No me preocupes —se puso serio—. Cuéntame.

—Tome —le entregué un sobre y no hablé más, esperé a que lo leyera.

Veía cómo iba abriendo los ojos de par en par a la vez que terminaba de leer mi renuncia.

—No voy a aceptar esto —tiró el papel en la mesa, enfadado.

—No tiene que aceptarlo o no, simplemente es lo que ocurrirá.

—No puedes dejarme de un día para otro, Alicia —me recordó.

—Lo sé, pero pensé que no me pondría problemas...

—Oh, pero sí que los pondré a menos que me des una explicación del porqué estás dejando este trabajo.

—Motivos personales.

—¿Motivos personales? ¡No me jodas! —se levantó y se acercó a mí, giró mi silla y colocó ambas manos en ella, acercando nuestras caras.

—Siempre pido sinceridad, Alicia y me la vas a dar. ¿Qué demonios pasa para que te quieras marchar? Creía que estábamos bien.

... Exploté, ese comentario me hizo explotar.

—¿Estábamos? ¡¿En plural?! —me levanté de la silla, indignada— No hable en plural de nosotros. Soy su empleada, nada más. Y si no estoy a gusto en mi trabajo, me voy y punto.

—Que no estás a gusto...

—No, no lo estoy. Solo no aguanto más —me vine abajo, me puse a llorar. No quería decirle la verdad, no quería que conociera mis sentimientos y por qué me iba.

—Ey... —se acercó rápidamente a mí y limpió las lágrimas de mis mejillas, intenté moverme para que no siguiera tocándome, pero no iba a dejarme hacerlo— Dime qué te pasa, Alicia. Dime qué te hice para esto. Si necesitas un tiempo, yo te lo doy, pero no dejes el trabajo.

—Necesito alejarme —lloré.

—Pero ¿por qué? Sé que a veces soy un gilipollas, pero dime qué te hice para enmendarlo.

—¿De verdad no te has dado cuenta? —lo tuteé, llorando a lágrima viva. Él negó con la cabeza— No quiero sufrir y lo estoy haciendo.

—¿Estás sufriendo? —afirmé con la cabeza— ¿Pero por qué? Explícame y quizás yo...

Reí con ironía, no podía ser, se tenía que estar quedando conmigo, porque no era lógico que no entendiera qué era lo que me ocurría.

—No puedo más... No puedo verte con otra, ¿es que no lo entiendes? —él frunció el ceño— Me enamoré de ti, pedazo de cabeza de alcorcho, ¿es que tampoco has notado eso? Y no dejas de tratarme como...

Me calló, me besó y me calló y yo no tenía ni ganas ni fuerzas de ponerme a luchar. Porque quería eso, quería llevarme ese recuerdo, como una despedida. Algo que atesoraría siempre en mi mente.

Cuando nuestros labios se separaron, cogió mi mano y tiró de mí, me hizo seguirlo hasta su dormitorio, me tumbó en la cama y él se puso a mi lado.

Ni una palabra, solo miradas y caricias, solo besos. Solo deseo entre los dos...

Me dejé llevar, me dejé hacer por él. Dejé que me "amara" por última vez, pero sabiendo que en realidad no era amor lo que él sentía por mí.

Deseo sí, eso no lo dudaba, pero nada más.

Las cosas en esa casa habían llegado a su fin y al menos me llevaría una última noche con él. Algo que recordar de quien siempre sería mi amor imposible.

Terminamos extasiados y me colocó encima de su pecho, en silencio, solo acariciándome el pelo. Los dos respirando ya más relajados, cada uno sumido en sus pensamientos. Se movió para taparnos a ambos y volvió a colocarme bien, con mi cabeza sobre su corazón, donde podía escuchar cómo se iba relajando, hasta dormirse, no sin antes darme un beso en la cabeza.

Cerré los ojos un rato, esperando a que se durmiera por completo para

hacer, de una vez por todas, lo que debía.

Para despedirme de mi trabajo y del hombre al que amaba.

No tardó mucho en dormirse y yo, lentamente, salí de la cama. Sin hacer ruido, rezando para que no se despertara, me vestí y salí del dormitorio.

Entré en su despacho y coloqué de nuevo la nota que le había dado antes para que la leyera por la mañana. Y escribí algo más.

"Querido señor Benson.

Espero que de verdad entienda la decisión que estoy tomando. Le agradezco el que confiara en mí para ser su mano derecha, he aprendido mucho durante este tiempo.

Pero como le dije, mi marcha es personal. Tiene que aceptar mi renuncia.

No le reprocho nada, pero necesito proteger a mi corazón.

Espero que encuentre a alguien pronto y que, de verdad, sea feliz, porque lo merece.

Con todo mi cariño.

Alicia."

Las lágrimas caían de mis ojos, sin control. Era el momento del adiós. Me encontré a Camila en la cocina cuando fui a salir por allí y me abrazó.

—Nos vemos pronto —sonrió.

—No, Camila, yo...

—Tú has hecho lo que debes. Pero confía en mí, no todo es como crees.

Me dio un abrazo y un beso y la dejé allí, con sus creencias. Lo único real es que mi época en esa casa se terminaba y que era momento de sanar y de comenzar una nueva etapa.

Capítulo 10



Los siguientes días son una auténtica tortura para mí. No había recibido noticias ni del señor Benson ni de su abogado. No tenía el contrato firmado con su cese, no tenía el finiquito en la cuenta, si es que tenía derecho a ello... No tenía nada, lo único que tenía eran las incesantes imágenes del picaflor más famoso de la ciudad de bar en bar, de fiesta en fiesta, borracho por las noches y cada una de ellas agarrado a una mujer distinta.

Me dolía ver eso. Sabía que lo nuestro, aunque a veces hubiera podido pensar que era especial, solo era un juego más para él, una mujer con la que acostarse fácilmente. Y ahí estaba él, sin cortarse un pelo, saliendo en la televisión con todas las mujeres habidas y por haber.

—Toma... A este paso nos quedamos sin pañuelos de papel —dijo Ana al darme otro.

Era fin de semana y con los días que llevaba pasados, decidió pasarlo conmigo para intentar animarme, pero la pobre, por las que lo intentaba, no lograba hacerlo.

—¿Te vas a pasar toda la vida llorando por un tío así? —estaba enfadada.

—No, solo hoy y ya no más —lloré. Cada día decía lo mismo, pero no podía evitar que me doliera.

—De verdad... —resopló— Estás muy verde, Alicia.

—Mira, no me hables tú que te enamoraste de alguien casado que jugó contigo —dije ya enfadada, que siempre contra mí, pero ella había actuado como yo en su momento.

—Él me quería —dijo a la defensiva.

—Los cojones...

Mi amiga suspiró ruidosamente.

—Lo siento, Ana —me disculpé—. Estoy pagando contigo lo que no debo.

—No pasa nada. Y tienes razón. Sé que la tienes, pero me hace menos daño creer que me quiso a reconocer que solo jugó conmigo. Porque si lo hago...—se emocionó por la tristeza— Haré como tú.

—Yo solo lloro y llorar no es malo.

—Lloras y comes helado de a litros, que se te está poniendo un pandero...

—bromeó— Cariño, no hiciste nada mal. Te enamoraste del hombre equivocado, ya está. Pero te aseguro que las cosas pasan, que el dolor mengua y que en unos días estarás mejor. Y pronto ni te acordarás de él.

"Noticia de última hora.

El famoso empresario Emmanuel Benson fue visto, anoche, en compañía de la que fue su prometida, la señorita Regina Byrne. Los dos salían sonriendo de uno de los clubes más famosos y exclusivos de la ciudad condal, se fueron en el mismo coche y según la última información que nos ha llegado a la redacción por los compañeros que han pasado la noche haciendo guardia ante las puertas de la mansión Benson, a estas horas de la mañana los dos siguen aún en el domicilio.

¿Será todo esto una posible reconciliación de su ruptura?

Los mantendremos al tanto de todo aquí, en el programa más visto de la televisión."

—Joder —miré a Ana mientras golpeaba el mando de la televisión con la mesa.

—¿Qué haces? —pregunté llorando tras las últimas noticias.

—El puto mando, que no va —enfadada, se levantó y desenchufó la televisión—. A la mierda, problema arreglado. No tienes por qué ver nada de eso.

—No estoy viendo nada que no supiera.

—Ya... Pero te hace daño hacerlo, así que vamos a evitarlo.

—¿Crees que volverá con ella?

—No lo sé, cariño, no lo sé...

Pasé un fin de semana de mierda. No volvimos a encender la televisión, pero imaginaba lo que estaría haciendo.

Lo que era él. Con una y con otra. El mujeriego que todo el mundo conocía.

Capítulo 11



Me despierto a la mañana siguiente mientras golpean la puerta de mi casa después de casi quemar el timbre.

—¿Pero qué demonios...? —me callo al abrir la puerta y verlo allí, delante de mí.

—Esto —me entrega mi renuncia y la nota que le escribí—, te lo puedes meter por donde te quepa, Alicia. Tienes un contrato y lo vas a cumplir.

—No voy a volver a trabajar para usted —lo seguí hasta el comedor tras cerrar la puerta, había entrado solo, sin haber sido invitado.

—Me da igual lo que quieras o no, tienes que hacerlo. Al menos este fin de semana. Hay mucho trabajo y una reunión muy importante a la que tienes que asistir. Además, no me ha dado tiempo a buscarte un sustituto—

—Pero...

—Sabes que no puedes negarte, firmaste un contrato. No se ha incumplido ninguna cláusula, excepto la de irte así, sin más. Olvidemos esta semana que pasó y es lo único que te pido, que asistas a esa reunión, por favor.

—No voy a hacerlo —dije terca.

Se sentó en el sofá, se pasó las manos por el pelo, desesperado.

—No puedes dejarme solo en esta. Está bien, si quieres renunciar, hazlo, pero a este viaje tienes que venir conmigo, Alicia. Si después de eso no me quieres ver, de verdad que tendrás el finiquito y todo firmado, pero esta reunión no puedo llevarla adelante solo. No te lo pediría si no fuera así.

Me senté en una silla, algo lejos de él y pensé...

—¿Un café? Porque parece que te duele mucho la cabeza...

—Sí, gracias.

Me levanté y lo preparé, se lo puse delante y volví a mi sitio con mi taza en las manos.

—Tengo pastillas por ahí, te ayudarán con la resaca —dije con ironía.

—¿Resaca?

—Bueno, según la prensa, llevarás días con una resaca perpetua, ¿no?

—Joder —gruñó—. No tengo ganas de hablar de eso ahora, Alicia. He venido porque necesito tu ayuda. Si tengo que rogarte, lo haré, pero dejemos lo demás a un lado.

—Es que el problema es que no entiendo qué quieres de mí. Yo no es que te solucione grandes cosas, puedes llevar las reuniones adelante tú solo, así que no lo entiendo, de verdad.

—Te aseguro que esta no puedo, más que nada porque no hablo francés —dijo torciendo el gesto.

—Pues te comunicas en inglés, como siempre.

—Hablamos de París, o en francés o nada.

Lo miré con suspicacia, no lo creía. Los directivos de las empresas tenían que comunicarse en inglés.

—¿Te quedas conmigo?

—No —dijo rápidamente—. Te juro que es verdad. Mira —me entregó un sobre—. Es tu finiquito y todo, solo necesita mi firma y te desharás de mí, con la condición de que este sea el último viaje que hagas conmigo. Está firmado y todo, puedes leerlo.

Cogí el sobre y saqué los papeles y los leí. Era tal como decía. Y, además, un finiquito cuantioso y una gran recomendación para entregar en mis próximas entrevistas de trabajo.

—No hacía falta tanto, apenas estuve tiempo trabajando contigo.

—Te lo has ganado, has trabajado horas que no te correspondían, no te regalo nada, te lo aseguro. Alicia... No vas a tener que verme si no quieres más allá del tema laboral este fin de semana, pero por favor, ayúdame con esta, no me dio tiempo a encontrar a nadie más en quien confiar.

—¿Y después de esto se terminó?

—Sí, si es tu deseo, firmas esos documentos y no volverás a verme más. No quiero hacerte daño y ya me dejaste claro que te lo hacía estando cerca de ti.

Miré de nuevo los papeles y suspiré. Me lo hacía estando cerca y estando lejos. Me lo hacía quisiera o no porque mis sentimientos me mataban. Quería mandarlo a la mierda, decirle que no tenía derecho a pedirme ningún favor, no después de que yo le hubiera desnudado mi corazón y mi alma y él hubiera estado pavoneándose públicamente con cualquiera.

Pero no era así, veía la desesperación y aunque no la entendiera...

—¿Y por qué no simplemente contratar a un intérprete? —pregunté, intentando evitar verlo de nuevo.

—Porque no conoce el negocio, solo tú. Te di toda mi confianza a ti. Te puede parecer tonto, pero necesito que seas tú quien me acompañe a este viaje.

Tonto no, me parecía más que eso.

—Está bien, pero después de eso, no quiero volver a verte.

—Te lo prometo —dijo serio—. Gracias.

Acepté porque conocía sus problemas con la confianza con la gente. Y acepté porque aunque no lo quisiera admitir y por más dolida que estuviera, yo quería estar cerca de él. Aunque fueran solo dos días, sería nuestra despedida.

—Todo estrictamente profesional —recalqué.

—Por supuesto. ¿Has estado llorando? —preguntó mirándome con el ceño fruncido.

—Estrictamente profesional, señor Benson.

—Tiene razón, señorita Figueroa —se levantó—. Te mandaré un mensaje con el horario de los vuelos, el señor Román se encargará de todo. Te avisaré a la hora en que te recojo en la puerta el viernes.

—Está bien...

—Toda la documentación necesaria está en mi casa, la conoces, pero aun así te mandaré una copia por email para que refresques la memoria. Esa reunión tiene que ser un éxito, mi vida depende de ello.

—¿No está exagerando un poco, señor? —me estaba sonando ya hasta dramático.

—No —me miró fijamente—. Te aseguro que no— fue hacia la puerta de la calle y la abrió—. Nos vemos el viernes, no me falles, por favor.

—No lo haré, soy una profesional en mi trabajo —le recordé.

—Sí lo eres —sonrió de lado—. Hasta el viernes, señorita Figueroa.

—Hasta el viernes, señor Benson.

Cerré la puerta y suspiré. Me había metido en un lío al aceptar, seguro, pero...

Iba a hacerlo, iba a ayudarlo y después de ese fin de semana, él desaparecería por completo de mi vida. Y dolía, seguía doliendo porque por más mal que lo hubiera hecho conmigo, yo seguía enamorada de ese hombre.

Capítulo 12



Llegó el día en que me montaba en el coche, saludando a Roberto y al señor Benson y yendo con destino al aeropuerto.

La misma mañana que vino a mi casa a pedirme que lo acompañara en ese viaje, me mandó la foto del billete de avión y los papeles de la reunión a la que íbamos a asistir para que estuviera al día de lo que se trataba. Conocía el negocio, estaba a expensas de firmar un acuerdo con una marca francesa, pero aún en negociaciones. Así que se suponía que en esa reunión, se firmaría el compromiso entre ambas.

Me extrañaba que viajáramos por la tarde, suponía que la reunión debería de ser el sábado a primera hora de la mañana entonces y no habría vuelos que llegaran a tiempo.

Y seguía sin entender que tuviera que llevarme porque hablara francés, pero para qué darle más vueltas al asunto, iba a hacerle el favor y terminaría con eso de una vez por todas. Porque por más feliz que estuviera de verlo, yo necesitaba estar alejada de él de verdad. Olvidarlo. Sanar mis heridas...

El vuelo a la capital francesa no fue demasiado largo, así que llegamos al hotel pronto. Una suite doble, separadas por una puerta. Es decir, camas separadas, lo cual era bueno. Pero seguíamos estando demasiado cerca para mi gusto. No quería caer otra vez en lo mismo y pasarlo aún peor.

Además, tampoco es que me necesitara en su vida, se había acostado con media ciudad desde que me marché de su casa.

—La reunión no es hasta mañana por la mañana, pero he quedado con un par de directivos para atar algunos cabos. Tenemos aún como una hora, lo digo por si quieres darte una ducha antes —carraspeó. ¿Lo notaba nervioso o era cosa mía?

—Sí, me hace falta —suspiré. No tenía ganas de cena con directivos ni de cena con él ni nada, pero para eso había accedido ir—. Nos vemos en el hall del hotel —y le cerré, en las narices, la puerta que comunicaba las dos estancias.

Si esperaba que la iba a dejar abierta, la llevaba clara. Me había hecho

mucho daño, aunque nunca hubo promesas entre nosotros, pero sí había sentimientos. Y le había dado igual aparecer, después de todo lo que le dije sobre lo que sentía y de esa noche en su cama, con media población femenina.

Así que con ese portazo, ya debía de entender lo que era estrictamente profesional.

Me di una ducha rápida, me vestí profesional y cómoda, imaginaba que estaríamos, como siempre, en una reunión larga y cuando mi pelo y mi maquillaje estaban perfectos, bajé con mi maletín. Ahí estaba él, con un traje de chaqueta, vestido muy formal.

El coche que nos recogió en el aeropuerto nos esperaba en la puerta del hotel, nos montamos y él me pidió que le dijera al conductor, como había hecho unas horas antes, que nos llevara a la Torre Eiffel.

Y yo, tonta como era, lo dije en francés directamente.

—Espera... —lo miré cuando mi cerebro reaccionó— ¿A la Torre Eiffel para qué?

—Es que la reunión será allí —carraspeó.

—Una reunión de negocios en la Torre Eiffel...

—Sí, es algo normal. Es informal entre directivos, ya sabes.

—Claro que sí, lo más normal del mundo, no lo he dudado en ningún momento —dije con ironía—. ¿Te quedas conmigo? Porque para informal, cualquier restaurante.

—Que no, Alicia. Son algo pijos.

—Como todos los franchutes, eso no lo dudo. Pero mira que había sitios en la ciudad.

—Pues ellos quieren allí —se encogió de hombros—. Confía en mí.

—Como si eso fuera tan sencillo —refunfuñé para mis adentros, dándome cuenta, por su cara, de que lo había dicho en voz alta.

A mí cada vez me sonaba todo de lo más extraño. Pero bueno, era nueva en ese mundo de los negocios. Lo mismo los ricos franceses tenían esa costumbre.

No era la primera vez que estaba en París, con mi antigua jefa y sus desfiles de moda estaba más que acostumbrada a moverme por esa ciudad. Claro que ella tenía reuniones en oficinas o en algún restaurante, no tenía tanta importancia como para que fuera en el lugar más turístico de la ciudad.

Llegamos a la torre y subimos hasta el restaurante. Estaba vacío, no había nadie, algo extraño cuando ese lugar siempre estaba lleno de turistas. Había preparada una mesa para dos. Iluminada con velas.

—Monsieur Benson, Madame Benson. Bienvenue à la Tour Eiffel —dijo un educado camarero que nos esperaba en la entrada del restaurante.

—Merci beaucoup —sonreí.

—Eso suena como Robocop, nunca lo supe decir —susurró mi jefe, haciéndome reír.

—Para Robocop ya estás tú, relájate, que estás muy tieso.

—¿Se burla de mí, señorita Figueroa? —sonrió.

—Un poco, pero te quedan pocas horas para aguantarme, tranquilo.

—Mientras sigas sin hablarme de usted, te aguanto lo que quieras —me guiñó un ojo.

—Estrictamente profesional, señor Benson —le recordé.

Puso los ojos en blanco y sonreí de nuevo.

Nos llevaron a la única mesa que estaba decorada y nos hicieron sentarnos. Y claro, ya eso fue la gota que colmó el vaso, me la estaba pegando y bien.

—Veux tu du vin? —preguntó el camarero.

—Non, maintenant non. Pouvez—vous nous laisser un moment seul?

El camarero hizo un gesto afirmativo hacia mi petición y miré al que era mi jefe por ese fin de semana.

—¿Qué ha dicho? —me preguntó haciéndose el tonto.

—Que si queríamos vino.

—Bien, porque me hace falta.

—No lo traerá. No hasta que me expliques qué es todo esto. Por eso le pedí que nos dejara solos.

—No sé de qué estás hablando...

—Vamos, de verdad es que debo de parecerte muy tonta. No habrá ninguna reunión hoy aquí.

—Solo quería salir a cenar contigo.

—¿Y tienes que mentirme para ello?

—¿Habrías dicho que sí si te lo hubiese pedido?

—No.

—Pues por eso no te lo pedí. Y no te engañé. Solo fue una treta...

—Dime, por favor y no me mientas más, que lo de la reunión sí es verdad...

—Por supuesto. Hay una reunión muy importante mañana.

—¿Y cuál reunión es esa exactamente? Porque espero que sea sobre la que he pasado horas estudiando el dossier.

—Bueno... —carraspeó.

—Joder, no me lo puedo creer. ¡Me has mentido otra vez!

—No son mentiras. Solo... Joder, necesitaba verte, necesitaba hablar contigo y no me habrías escuchado en otro lado.

—Ni lo haré en este —me levanté, enfadada, para irme, pero él evitó que lo hiciera.

—Alicia, por favor... Solo es un fin de semana. Después de eso no me verás

más.

—¿Pero un fin de semana para qué? —estaba perdiendo la paciencia.

—Para que me dejes explicarte. Para que me conozcas de verdad.

—A mí no tienes que explicarme nada, Emmanuel. Entre nosotros no había nada, no fuimos nada. Fui yo quien se enamoró y por mi salud me fui del trabajo, nada más. Déjalo estar, no tienes que sentirte culpable.

Me solté de su agarre y salí al pequeño balcón del restaurante para que me diera el aire.

—Me he comportado como un gilipollas contigo y necesitaba...

—¿Qué? —me giré y lo encaré— ¿Redimirte? ¿Calmar tu conciencia?

—No —negó con la cabeza—. Pero sí ser sincero por una vez.

—Siempre pides sinceridad y ¿eres tú quien no la da?

—No lo he sido contigo, Alicia. Dame la oportunidad de hacerlo.

—Como si tuviera de otra —refunfuñé.

Estaríamos hasta el domingo temprano en París, así que ya que no había reunión ni negocio, algo que tenía que haberme imaginado, tenía que joderme con él.

—Una cosa... —cogí aire para relajarme.

—Dime.

—Tu parles français?

—Je parle parfaitement le français, j'ai étudié dans une école bilingue.

Me iba a cagar en su puta estampa.

—Y tanto que estudiaste en un colegio bilingüe, ¿si hablas mejor francés que yo ! Que soy un desastre con este idioma —resoplé.

—Alicia... Sin más mentiras, sin más máscaras. ¿Me das la oportunidad, por favor, de explicarme por qué hice todo esto?

No debería, debería de dejarlo allí, solo, para que aprendiera la lección.

—Me voy a quedar solo porque comer aquí debe de ser increíble —dije enfadada.

—Lo es —intentó no reír.

—Y porque vas a pagar una pasta porque no pienso cortarme —lo amenacé.

—Irás a mi cuenta, no te preocupes —sonrió.

—Te escucharé, pero después de esto, volvemos a casa. Mañana quiero estar en casa.

—Ya lo negociaremos... —me acompañó hasta la mesa y me acomodó la silla.

—Nada que negociar —puntalicé—. Une bouteille du vin le plus cher, s'il vous plaît... —le pedí al camarero.

—¿El vino más caro? Sí que me quieres arruinar —rio el señor Benson, mi

jefe o exjefe o ya no sabía cómo llamarlo.

—No mereces menos...

Y arruinarlo no, pero que me puse a pedir lo más caro de la carta, os lo puedo asegurar. Y bueno... estaba rico, pero...

—Donde se ponga un buen chuletón —suspiré cuando paré de comer un rato, provocando una carcajada en Emmanuel.

—Tenía miedo de que salieras corriendo...

—No creas que no tuve ganas, aún las tengo —dije con sinceridad—. No sé a qué viene todo esto, no sé qué es lo que quieres de mí.

—Tengo mucho que explicarte.

Negué rápidamente con la cabeza.

—Yo no lo veo así. Si es por el trabajo...

—No es por eso, Alicia. Es por nosotros.

—Nunca hubo un nosotros.

—Sí, lo hubo. O pudo haberlo y yo lo estropeé. No estuve con nadie estos días, con todas esas mujeres que me viste en televisión... No ocurrió nada.

—No tienes que explicarme.

—Pero quiero hacerlo, aun cuando sé que no me crees.

—La chica rubia de tu casa, el batallón de mujeres con el que has salido, tu ex... De verdad que no te reprocho nada, si me ha dolido es mi problema, fui yo quien se enamoró, no me debes nada, ni una explicación. Mucho menos organizar algo así para dárme la.

—Yo creo que te debo mucho, déjame hacerlo. Al menos eso. Si después, cuando volvamos, no quieres verme más, créeme, me iré de tu vida.

—Pero es que sigo sin entender... ¿Qué es lo que quieres de mí?

—A ti.

—No funcionaría, no podría trabajar más contigo.

—No hablo de trabajo, que también, hablo de ti. Hablo de tenerte cerca, de poder mirar las estrellas contigo. Hablo de dejar de hacer el gilipollas por el miedo e intentar algo. Quiero algo serio y lo quiero contigo, Alicia.

—Espérate porque el vino se me debe de haber subido a la cabeza y escucho mal... No, peor, ¿se te subió a ti! ¿Pero de qué hablas?

—Por ahora, solo quiero que me des este fin de semana. No haremos nada si no quieres, solo pasarlo juntos. Caminar, pasear, conocer la ciudad, lo que te apetezca hacer. Déjame mostrar quién soy cuando estoy contigo y ya hablaremos después.

—¿Hablar de qué?

—De si después de conocerme, confías en mí.

La propuesta no estaba muy clara o, al menos, yo no lograba entenderla del

todo.

—¿Me estás pidiendo un fin de semana para decidir si quiero arriesgarme a algo más contigo? —pregunté, ni yo misma podía creerme eso. Yo, para él, nunca había sido nada.

—Eso es lo que te estoy pidiendo.

—¿Pero por qué? Que yo me enamorara no te obliga a...

—Porque también soy yo quien se ha enamorado de ti.

Soltó la bomba, así, como si nada. Negué con la cabeza y él se levantó rápidamente, se arrodilló en el suelo, a mi lado, cogió mis manos y me miró a los ojos.

—Ni yo mismo he querido verlo, Alicia. He huido de este sentimiento todo lo que he podido y por eso me he comportado como un capullo. Pero el día que me desperté y no estabas y leí esa nota de despedida... Casi me volví loco. Te había perdido por imbécil y tenía que encontrar la manera de recuperarte. Y esto fue lo único que se me ocurrió. Por favor, es solo hasta el domingo, déjame demostrarte que no soy lo que piensas.

¿Realmente me estaba hablando en serio?

Sí, sí que lo estaba haciendo. Después de dejarme sin habla y donde solo pude afirmar con la cabeza, fue como si conociera a otro hombre.

Un hombre que reía, un hombre que caminaba a mi lado por la calle mientras me contaba anécdotas de su infancia. Un hombre que nada tenía que ver con el señor Benson. Estaba conociendo a Emmanuel.

Cuando llegamos al hotel, se despidió en la puerta de mi suite.

—¿Adónde te gustaría ir mañana? —preguntó.

—No lo sé, demasiadas emociones por hoy. Ya lo pensaremos.

—Está bien —sonrió—. Que descanses, mi amor —dijo antes de darme un beso en la frente, uno que me hizo cerrar los ojos.

—Buenas noches, señor Benson —bromeé...

Cerré la puerta y me apoyé en ella. ¿Era real todo lo que me estaba pasando?

Capítulo 13



Parecía ser que sí lo era...

A la mañana siguiente, cuando nos encontramos en el restaurante del hotel para desayunar, al verlo tan guapo y tan informal vestido y con esa sonrisa que solo había conocido el día anterior... Cuando se acercó a mí para besarme en la frente de nuevo, supe que nada había sido un sueño.

Pero así es como me sentí durante todo el día. Mientras visitábamos el Arco del Triunfo y nos hacíamos decenas de fotos. Mientras comíamos crepes con Nutella caminando por las calles, mientras paseábamos por los mercados como una pareja más.

En más de una ocasión nuestras manos se rozaron cuando nos acercábamos, pero ninguno dio el paso. No era ese el trato.

Cuando volvimos esa noche al hotel, estábamos agotados.

—¿Bajamos a cenar o pedimos algo y lo comemos en la habitación?
—preguntó.

—¿Solo comer?

—Soy un caballero —sonrió—. Te prometo que no haré nada ni intentaré nada.

—Ujum... Está bien, aquí entonces. ¿En una hora?

—Perfecto, pediré que nos lo suban a tu habitación.

Y eso hicimos, una cena mientras reíamos y nos conocíamos un poco más. Una cena que terminaba con ese viaje engañoso al que me había llevado. Cuando lo vi marcharse, suspiré.

No podía creer que todo eso fuera cierto, tampoco me había explicado nada, él solo quería que lo conociera. Necesitaba que confiara en él para poder abrirme su corazón. Con lo de su ex, lo entendía, pero... Me seguía doliendo el sentir que había jugado con mis sentimientos.

Y el tiempo se me acababa. Y después de conocer al hombre, necesitaba saber mucho más de él.

Había salido por la puerta principal de mi suite para entrar en la suya, pero

yo ya estaba allí, había entrado por la puerta que las comunicaba.

Vi la sorpresa en su rostro cuando me vio.

—¿Todo bien? —preguntó.

—No —negué con la cabeza—. No. Joder, todo es peor que antes.

—Alicia...

—Alicia no —resoplé—. ¿Sabes? Hubiera sido mejor que me dejaras creer que te acostaste con todas ellas, no haber hecho nada de esto, haber firmado el finiquito y ya está. Haberme dejado ir. He pasado el fin de semana contigo sin entender aún qué estoy haciendo y ¿todo por qué? Pues no tengo ni puta idea —gruñí.

—Porque me quieres —sonrió él mientras se acercaba a mí.

—No uses eso, eso solo me ha hecho daño.

—No... —se acercó y cogió mi cara entre las manos— Que yo me comportara como un gilipollas es lo que te dañó, yo te dañé. Amarme no te hace daño.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté con lágrimas en los ojos— Yo no te pedía nada, pero tú... Estabas conmigo y después eras como un bloque de hielo. Te abro mi corazón, te acuestas conmigo y te acuestas con media ciudad.

—No me acosté con nadie.

—¡Lo que sea! Pero ahora vienes a decirme que me quieres. ¿Cómo puedo creerme eso?

—Supongo que solo con el tiempo, si me dejas estar a tu lado, confiarás en que es verdad lo que siento por ti.

—¿Y te diste cuenta al irme? ¿O es solo por el trabajo y confundes las cosas o...?

Joder, no quería llorar.

Agarró mis manos y me hizo sentarme en la cama, él a mi lado.

—El primer día que te vi, te deseé. No eres tonta, sabes que es así. Ese escalofrío que ambos sentimos al tocarnos no era una tontería —sonrió—. Tenías algo, había algo en ti que me hacía ponerme en guardia. Creo que, como me dijo Camila, solo era una coraza, una manera de proteger mi corazón.

—¿Qué tiene que ver Camila en todo esto?

—Porque la noche antes de ir a buscarte, me tiró de las orejas —puso los ojos en blanco—, pero ahora llegaremos a eso —me acarició la mejilla—. Sufrí mucho con el engaño de Regina, yo estaba muy enamorado de ella y la traición me cambió. Me convertí en ese hombre que sale en la tele, que está cada noche con una, aunque tampoco era para tanto —resopló—. Que soy un hombre corriente, nadie puede mantener el ritmo que ellos piensan... Contigo era diferente. Tenías algo especial que a la vez me daba miedo.

—¿Yo miedo? Joder, eso sí que nunca me lo había dicho nadie —reí.

—Con el primer beso supe que podías joderme vivo.

—¿Qué...?

—Lo que yo sentí contigo, lo que sentía al tenerte cerca, no lo había sentido antes. Y eso me acojonaba. Porque ya había querido a alguien y me habían traicionado. Sabía lo que dolía y no quería volver a pasar por lo mismo.

—¿Por eso tu cambio de actitud cuando pasaba algo entre nosotros?

—No pensaba en si eso te hacía daño a ti, solo en que eso me salvaba a mí. Mantenía mis emociones a salvo. Mi corazón protegido.

—Eso siempre hace daño.

—Y me lo hizo, pero era más fácil de llevar que el pensar en enamorarme y sufrir de nuevo. Además, yo imaginaba: bueno, una chica que se acuesta con su jefe, que es famoso, que tiene dinero... Una chica más.

—Me pediste confianza plena y eras tú quien nunca la entregaba —le reproché.

—Así es... Y, sin embargo, tú te la ganaste. Esa noche en la que me dijiste que me querías pero que te ibas, casi me vuelvo loco. Cuando te tuve de nuevo entre mis brazos, me sentí pleno. Feliz. Cuando desperté y no te vi...

—Volviste a lo que eras y te hacía sentir seguro.

—Sí, el alcohol, las fiestas, las mujeres. Intenté estar con alguna, pero ni siquiera fui capaz de besarlas. No quería a nadie, te quería a ti.

La noche que aparecí con Regina en mi casa, Camila me dio un buen tirón de orejas y aquí estamos...

—¿Todo esto fue idea de ella?

—Casi todo —sonrió avergonzado—. Yo no iba a luchar por ti, Alicia. Yo no quería hacerte daño y por eso no te busqué antes. Pero acabé por entender que si yo estaba sufriendo cuando aún no te había expresado mis sentimientos, ¿cómo debías estar tú? Y fui a por ti. Tenía que arriesgarme.

—Mintiéndome.

—En el amor, el fin justifica los medios —sonrió avergonzado.

—Yo no quise enamorarme de ti.

—Lo sé... Pero soy irresistible —bromeó.

—Un capullo es lo que eres —le di un golpe en el hombro y me reí.

—No te negaré que fui un mujeriego, Alicia —se puso serio—. No te ocultaré nada de mi pasado, nunca. Solo necesito que sepas lo que significas para mí. Lo único que quiero es demostrarte que te amo y que el gilipollas que era no volverá jamás. No mientras estés conmigo.

—Eso no suena muy bien —reí.

—Es la verdad, porque si me das la oportunidad y me dejas en algún momento... Seré alguien peor, te lo juro —bromeó.

—Todo esto es demasiado... Siempre he pensado que era solo un juego o sexo para ti y enterarme de esto...

—Lo entiendo y te daré el tiempo que necesites, te demostraré de todas las formas que pueda. Cada día que me lo permitas. Pero nunca más vuelvas a decir que solo fuiste o te sentiste como sexo. Lo que yo he sentido contigo, piel con piel, no lo he sentido nunca con nadie —dijo con firmeza.

—Necesito tiempo. Tiempo para pensar, tiempo para...

—Todo el que necesites mientras me permitas estar cerca para demostrártelo. Lo creía, creía cada una de las palabras que me decía. Podía ver en sus ojos que era verdad.

—¿Y cómo piensas demostrármelo? —pregunté algo avergonzada.

—Como me dejes hacerlo —dijo tras mirarme fijamente y con la voz ronca.

—Que te deje hacerlo ahora no significa que sea un sí ya... —dije acercando mi cara a la suya.

—¿Que me dejes hacer qué? —se acercó más a mí.

—Dejar que me hagas tuya... —susurré.

—Que seas mía es lo único que deseo en la vida, Alicia.

Y se abalanzó sobre mí, como siempre, para atacar mi boca. Dios... Estábamos desesperados el uno por el otro. Había tantos sentimientos, tantas emociones... Deseo, miedo, amor...

Nuestros cuerpos clamaban por el otro, por la necesidad de sentir el contacto piel con piel. La urgencia de enterrarse uno en el otro, quien lo acogía mientras los dos temblaban por el éxtasis.

Fue la primera vez en la que sentí al hombre, no al jefe. Era la primera vez en la que lo dejaba salir a la luz.

—Emmanuel... —gemí, como esa primera vez que me lo pidió.

Ahora lo entendía, era una petición silenciosa de que lo viera a él, de que lo deseara a él como persona. No por quién era para los demás, no por su trabajo, no por su vida pública.

Era por ser Emmanuel. El hombre de quien yo me había enamorado.

—Alicia... Dios, cómo te quiero —gimió mientras entraba en mí otra vez más.

—Oh... Emmanuel...

Veía cómo su cara cambiaba cuando lo llamaba por su nombre. Veía el amor en sus ojos y el deseo desenfrenado que eso le provocaba.

Terminamos y nos abrazamos, no quería soltarme.

En ese momento me di cuenta de que el señor Benson había quedado atrás, de que para mí solo existía Emmanuel.

—Emmanuel... —suspiré.

Me miró y me besó, larga y profundamente.

—Cada vez que dices mi nombre... No puedo explicar lo que siento.

—Tal vez lo mismo que yo cuando lo pronuncio —sonreí.

—¿Y qué sientes tú?

—Deseo. Tu nombre es deseo —le acaricié la cara y lo miré a los ojos tiernamente—. Y amor.

—¿Eso significa que...?

—Siempre te he amado. Eso no ha cambiado.

—Dijiste que necesitabas tiempo para pensar y...

—¿Y me lo ibas a dar? ¿Dejarme en paz de verdad unos días para pensar?

—No —dijo rápidamente—. Moriría de la ansiedad, pero si es lo que necesitas...

—Lo necesitaba antes de esto —sonreí con ternura—. Me has demostrado bastante.

—No te he demostrado ni una décima parte de lo que me haces sentir, Alicia.

—Ah, ¿no? ¿Y a qué estás esperando? —pregunté pícaramente.

—A que digas lo que quiero escuchar.

Me quedé mirándolo. No quería el te quiero, quería algo más, lo más importante para él. Y yo sabía lo que era.

—Emmanuel...

—Alicia...

Acaricié su rostro y lo miré a los ojos para que viera la sinceridad en los míos.

—Confío en ti —sonreí.

—Dios... Cómo te quiero. No sabes cuánto te quiero.

Y nos dejamos llevar de nuevo. Por el deseo, por la pasión incontenible. Lo que le había dicho implicaba el inicio de una nueva vida, algo con él.

No sabía si por más que los dos sintiéramos, seríamos capaces de lograr la historia que soñábamos, pero de algo estaba segura, de que los dos lo íbamos a intentar con todas nuestras fuerzas.

Porque nos amábamos, ya no dudaba de eso. Y era simple, al menos para mí, sentir feliz, siempre y cuando lo tuviera a mi lado.

—No vayas a desaparecer —dijo antes de darme un beso esa noche, tras bostezar.

—Confía en mí —susurré—. No me separaré de tu lado.

Capítulo 14



A la mañana siguiente volvimos a casa. Emmanuel me dejó en la mía con la condición de que esa noche fuera a cenar a su casa con él y de que llevara el contrato que me había dejado antes de irnos a París.

No entendía para qué quería eso, pero lo llevé y ya.

Cuando llegué a la casa, todos los demás me estaban esperando fuera.

—¡Bienvenida! —gritaban, abrazándome y dándome besos.

—Tú y yo tenemos que hablar —reí al abrazar a Camila.

—Ya te dije, más vale por viejo... —rio.

—¿Dónde está el jefe? —pregunté.

—Te espera en su despacho —dijo Camila, muy seria—. Recuerda, las apariencias siempre engañan —me guiñó un ojo.

Fruncí el ceño, no sabía a qué se refería. Fui hasta el despacho con mi sobre en las manos y llamé.

—Pase —dijo la voz del amor de mi vida.

Abrí con una gran sonrisa en el rostro que se me borró al ver a su ex prometida allí, con la rubia de la otra vez al lado.

—Estamos ocupados, si no te importa —dijo la exnovia, haciendo un gesto despectivo con la mano para que me fuera.

—Lo siento, yo... —me giré para irme. ¿A qué venía todo eso?

—Alicia... —me paró Emmanuel— ¿A dónde vas? —me agarró antes de que me marchara, entrelazó nuestros dedos y tiró de mí. Se sentó en su silla del escritorio y me hizo sentarme en sus piernas, haciendo que las otras dos abrieran los ojos como platos y yo estaba roja como un tomate— Creo que esta no es ni nunca fue tu casa, Regina. Aquí las órdenes las doy yo. Y a Alicia nadie la echa. No sé si te ha quedado claro...

—Vaya, ¿nueva prometida? ¿Ya te aburríste de ir de flor en flor? —preguntó ella con ironía y mirándome con asco— Podías aspirar a algo mejor.

—Si algo mejor es como alguna de vosotras dos... ¿O no mandaste a tu amiga para que me sedujera y me convenciera para regalarte mi parte de la

empresa? —preguntó Emmanuel, dejándome asombrada.

—¡Yo no haría eso! No necesito tretas para conseguir que me des lo que es mío.

—El problema es que no quieres algo que sea tuyo, sino que es mío. Pero en fin, por algo te he mandado llamar. Toma —tiró un sobre para que lo cogiera—. Es mi parte de la empresa. Te la regalo, no la quiero, toda para ti. Tu padre ya firmó listo, eso sí, había una condición, mi nombre tiene que estar fuera de la marca, por lo demás...

—¡Regi, my love, lo lograste! —gritó la otra putona loca. My love... ¿se podía ser más hortera?

—¿Y ahora por qué? —preguntó la ex, desconfiada.

—¿No es lo que querías? No tienes que obtener un porqué.

—No juegues conmigo, Emmanuel...

—Ah, no, no lo hago. Si hago esto es porque estoy cansado de verte la cara. No tengo ganas de hacerlo más. Ahí tienes lo que deseas y, cuando leas el contrato, verás que quedamos desvinculados en todo. Y cuando digo en todo, digo también en la prensa. No hablarás sobre mí, no hablarás sobre Alicia, no hablarás sobre nada. Con tus amantes ya tienes suficientes temas de conversación.

—¿Es por ella el cambio? —al parecer, no le gustaba en absoluto, me daba la impresión de que no es que quisiera la otra parte de la empresa, sino joderlo a él a toda costa.

—Es el regalo de compromiso que le hago, sí —sonrió Emmanuel, dejándome boquiabierta a mí, sin poder moverme.

—No te durará nada, como todas —resopló ella antes de levantarse.

—Gracias por tus buenos deseos —rio Emmanuel—. Pero esperad, que os acompañamos a la puerta.

Me levanté y con la mano aun entrelazada con la de él, las seguimos hasta la entrada principal. Y, de repente, todo eso estaba lleno de periodistas custodiados por guardias de seguridad. Quise darme la vuelta y salir corriendo, pero Emmanuel me agarró con fuerza.

—Señor Benson, nos han avisado de que usted y la señora Regina Byrne iban a hacer un comunicado oficial. Pensábamos que podía ser el anuncio de un nuevo compromiso, pero ya vemos que no... —dijo un periodista señalando nuestras manos entrelazadas.

—Y lo es, pero no con la señorita Byrne. Mi prometida es Alicia Figueroa, quien ha sido mi asistente personal hasta hace unos días.

—Enhorabuena, nos alegra la noticia y le deseamos felicidad a los dos —dijo otra—. ¿Pero entonces de qué noticia se trata de que tenga que estar relacionada

con la familia Byrne?

—Sencillo —sonrió Emmanuel, tranquilo—. El cese de la sociedad entre Benson & Byrne. Desde ahora, la empresa pertenece solo a la familia Byrne, yo me desvinculo.

Se formó el revuelo, pero Emmanuel no quiso hacer más declaraciones. Su ex prometida y la amiga salieron casi corriendo, agobiadas por los periodistas que las perseguían. Tras ordenar a la seguridad que despejara la casa, volvimos dentro de la casa.

—¿El sobre? —preguntó.

—En el despacho...

Me llevó casi corriendo hacia allí, sacó los papeles y los rompió en mil pedazos.

—No hay ningún contrato que romper —dijo con orgullo—. Porque no vas a dejar de ser mi asistente personal —y otra carrerita por la casa...

—¿Regalo de pedida? ¿Prometida? ¿De qué va todo eso? —lo paré.

—Mierda, es que esperaba que llegaras antes y no me dio tiempo. Espera... ¡Chicos! —gritó.

En ese momento, todos los demás empleados aparecieron.

—¿Señor?

—Es el momento —dijo como si fuera obvio.

—Ah... —dijeron a la vez.

—Alicia, ven conmigo —Camila tiró de mí.

—¿Contigo adónde? —Emmanuel soltó mi mano y me dejó sola con los demás.

—Tú ven y ya, no le chafes la sorpresa —resopló ella.

—Ay, Dios, miedo me da —suspiré.

Camila tiró de mí hasta que llegamos al jardín, a la puerta de la cabaña donde Emmanuel y yo...

—El señor está dentro —dijo guiñándome un ojo.

Llamé y entré, sonriendo. Y me quedé con una sonrisa asombrada cuando vi todo aquello iluminado por las velas. Emmanuel estaba en el centro del salón, mirándome con una sonrisa.

—¿Qué es todo esto?

—Lo que tenía que haber pasado antes de todo eso —resopló—. Pero es que esa loca apareció antes de tiempo y...

—Shhh... —hice que se callara y me acerqué a él— No importa, gracias por el detalle.

Estaba todo cubierto de pétalos de rosas, la música de fondo... El ambiente más romántico que había vivido nunca.

—Me voy a desmayar —dije en plan dramático por lo bonito que estaba todo.

—Ah, no, ya la loca me jodió el momento, ahora espera tú a que ocurra para desmayarte si quieres —lo dijo tan agobiado que me hizo hasta reír.

—Vale, esperaré entonces. ¿Y a qué tengo que esperar, ya que estamos?

Emmanuel se agachó y se puso sobre su rodilla, levantó la mirada mientras abría una cajita donde había un precioso anillo con un zafiro.

—Por fin he conocido a alguien en quien confío. Por fin he conocido al verdadero amor. No ha sido fácil ni lo he hecho bien, pero espero que haya podido demostrar que puedo hacerte feliz. Que me dejaré la vida en hacerte feliz y que te quiero más que a nadie en este mundo.

Lo único que deseo es estar a tu lado, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

Afirmé repetidamente con la cabeza mientras las lágrimas caían por mis párpados.

—Sí, si quiero.

Se levantó y me besó apasionadamente.

—¿Puedo desmayarme ya? —pregunté, bromeando.

—¿Qué tal si esperas un poco más? —preguntó con picardía mientras empezaba a quitarme la ropa.

Ahí estaba Emmanuel de nuevo, haciendo con mi cuerpo lo que quería, mostrándome el deseo más crudo.

Y haciéndome el amor como nunca nadie me lo había hecho.

Porque como le dije en su día, su nombre no era solo deseo.

Para mí, Emmanuel es sinónimo de AMOR.

Epílogo



—No pienso firmar eso, Emmanuel.

—Lo harás —afirmó mientras me seguía por la casa de Londres. Fuimos a pasar unos días allí para despejarnos un poco de lo preparativos de la boda que por más que quisiéramos llevarla en secreto, la prensa no ayudaba demasiado.

—Dije que no y es no.

—¿No confías en mí?

Me giré y lo miré malamente para volver a girarme y a seguir caminando por el jardín.

—No uses eso conmigo, que con eso siempre consigues todo lo que quieras. Claro que confío en ti y lo sabes, pero no tienes que hacer eso. Vamos, que no lo voy a permitir.

—Lo harás...

—¡Claro que lo hará! Firma ya, coño —gritó mi amiga desde la hamaca. Se había venido a pasar esos días con nosotros y desde que descubrió las buenas intenciones de Emmanuel, para ella era como un hermano. Eso y que era una pelota para disfrutar de todo, pero ¿para qué estaban las amigas si no?

—¿Tú sabes acaso lo que me quiere hacer firmar? —pregunté enfadada.

—Pues no —dijo ella—. Pero si él dice que lo tienes que firmar, por algo será.

—Oh, Dios, lo que tengo que aguantar —me estaban sacando de quicio.

—¿Pero qué pasa aquí? —la madre de Emmanuel, mi futura suegra, apareció con sus gafas de sol puestas, su pamelita y su perrito en el brazo. Me dio un abrazo y otro a su hijo y me miró con ternura. Desde que su hijo y yo estábamos juntos, medio lo obligaba a ver a su madre y como contaba con ella para todo el tema de la boda etcétera... Vamos, que la mujer era de lo más feliz.

Y, la verdad, que mi apoyo, porque el padre de Emmanuel siempre iba a apoyarlo a él.

—Mi padre revisó el documento, está perfecto, firmas y ya —si es que si el padre no estaba metido en el ajo para apoyar al hijo...

—Joder, que no voy a firmar nada —me dejé caer en una silla bajo el porche

y suspiré.

—Mi amor, pero si es algo bueno para ti.

—¿Pero qué no quiere firmar? ¿Por qué a mí nadie me cuenta nada? Voy a matar tu padre cuando lo vea.

—Yo no sé qué es, pero si Em dice que lo firme, tiene que firmar —erre que erre.

Mi amiga Ana estaba de pie en el borde de la piscina, así que con toda mi mala hostia, me acerqué a ella y la empujé hasta que cayó. A ver si en remojo se callaba.

—Que no firmo y punto —grité.

—Firmarás —la voz del padre de Emmanuel, seria y sin dudas.

—No me entero... —suspiraba mi futura suegra.

—Emmanuel ha redactado el documento para el día de la boda. Todos sus bienes, todos, incluidos nuestra empresa que ya empezará a manejarla él la semana que viene, será de los dos. Es decir, su regalo de bodas es la mitad de todo para su esposa.

—Hostia puta —dijo Ana desde la piscina.

Y eso era precisamente lo que no quería firmar.

—Mi amor —miré a Emmanuel—. Yo no quiero nada de eso, yo solo quiero estar contigo. Trabajo en las empresas porque me gusta, pero no es justo lo que estás haciendo.

—Te confiaría todo, Alicia —sabía que era su forma de demostrarme que confiaba en mí, pero es que ese hombre era un poco extremista.

—Lo sé y con eso es suficiente.

—Hija, si mi hijo quiere hacerlo, ¿por qué no? —preguntó su madre con todo el cariño del mundo.

—Pues imaginad que fuera una cazafortunas y... —empecé, pero todos rieron a carcajadas.

Puse los ojos en blanco, como que podía ser, ¿no?

—Te advierto que es cabezota —dijo Ana a Emmanuel.

—Más lo soy yo...

—Pues a ver cómo le haces firmar... —suspiró su padre, otro tonto encantado de que yo me ocupara de la mitad de su empresa, si es que a esa familia de locos no había quien los entendiera.

Emmanuel no dijo nada, solo se acercó a mí, me cogió en brazos y dejando solos a los demás, me llevó hasta nuestro dormitorio.

—No vas a salir de aquí hasta que firmes —me advirtió.

—No voy a firmar nada —seguí, cabezota.

No perdió el tiempo, tardó segundos en rasgarme la ropa y dejarme

completamente desnuda. Me sentó en la cama, abrió mis piernas y se arrodilló en el suelo, entre ellas.

—Te aseguro que en menos de una hora estás firmando —dijo con picardía.

—Mucha fe tienes tú...

—Solo te conozco bien. Y cuando te demuestre lo que puedes perder si no firmas...

Me guiñó un ojo y bajó su boca a mi sexo y...

Oh, joder. Si eso es lo que iba a perder, entre otras muchas de sus habilidades en la cama...

—¿Dónde está el bolígrafo? —gemí cuando quitó su boca de mi entrepierna justo cuando iba a llegar al orgasmo, impidiéndolo.

Emmanuel se levantó del suelo tras soltar una carcajada. Se tumbó a mi lado y me besó.

—Te quiero y no veo la hora de que se seas mi esposa.

—Yo también te quiero. Y no te preocupes, solo faltan cinco días... —miré el reloj de la mesilla de noche—, veintidós minutos y cincuenta segundos, cincuenta y uno, cincuenta y dos...

Y tras otra carcajada más, el hombre del deseo para mí volvió a hacerme suya mientras ambos soñábamos con el día en que seríamos marido y mujer.

Y eso, ya estaba hecho ??